



*Baileando*  
**DESCALZOS**

**ZOE CHANT**

\*\*\*

# **Bailando Descalzos**

\*\*\*

Zoe Chant

\*\*\*

Traducción del inglés por Araceli Esquivel.  
Todos los derechos reservados.  
@Copyright 2019

\*\*\*

# Tabla de Contenido

[Derechos de Autor](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Epílogo](#)

[Una nota de Zoe Chant](#)



# Capítulo Uno

Lee estaba despierto pero no abrió los ojos por unos segundos: no estaba listo para levantarse y no entendía por qué se había despertado.

—Alguien nos está observando —le dijo su oso, desconfiado y malhumorado.

Lee terminó por abrir los ojos y descubrió que la causa de su incomodidad lo miraba fijamente desde el otro lado de la cama vacía. Lo miraban unos ojos azules como los suyos, enmarcados por rizos de un rubio casi blanco que no se parecían en nada a su propio pelo oscuro.

—Hoy empiezo el cole—anunció Clara—. Me vestí sola, pero no me puedo atar los cordones.

Los zapatos en cuestión, un par de zapatillas con dibujos de ositos, estaban encima de la cama, entre los dos. Los cordones enredados demostraban su esfuerzo.

Lee gruñó y miró el reloj que estaba sobre la mesa de noche.

—Son las cinco de la mañana—le explicó.

—No quiero llegar tarde.

Lee contuvo las ganas de explicarle los tecnicismos del tiempo a una niña de cuatro años y se resignó a levantarse. Agarró un par de pantalones de una de las cajas de la mudanza y caminó descalzo sobre la gruesa alfombra acolchada. Levantó a Clara en brazos y la dejó caer suavemente en la amplia cama para poder vestirse.

Clara dio media vuelta en el colchón, riendo, y luego se sentó con una actitud seria.

—¿Le voy a caer bien a mi maestra nueva? —preguntó, ansiosa.

—¡No tienes por qué preocuparte por eso, osita! —Lee se apresuró a tranquilizarla —La vas a pasar muy bien. La tía Bella dice que es la mejor escuela de todo el pueblo.

Así como los detalles del tiempo, era absurdo aclarar que el pueblo entero tenía apenas trece mil habitantes y que realmente no tenían muchas opciones.

Si el preescolar no funcionaba, Lee podía empacar todo otra vez y mudarse a otro pueblo, pero estaba harto de mudarse y cansado de las ciudades. Estaba encantado con el pintoresco pueblo de Green Valley y con la casa que habían encontrado. Su oso también amaba toda la naturaleza salvaje

que se encontraba a sólo pasos de la puerta trasera de su casa. Si el preescolar no iba bien, podía simplemente contratar a otra niñera y dejar a Clara en casa.

De pronto deseó que su hija no se llevase bien con la maestra.

—¿Quieres un desayuno especial? —le ofreció para distraerla. —Cuando terminemos, puedes ayudarme a lavar los platos.

A Clara se le iluminó el rostro.

—¡Sí! ¡Tortitas! ¡Con arándanos! ¿Puedo hacer las burbujas para los platos?

Lee ayudó a Clara a levantarse de la cama y tomó su pequeña mano entre las suyas.

—Tortitas entonces. Y puedes hacer todas las burbujas que quieras porque hoy es tu primer día de preescolar.

Se preguntó cuándo Clara crecería lo suficiente para darse cuenta de que lavar los platos no era en realidad el premio que él le hacía creer que era.

Mientras conducía la camioneta que había tomado prestada de su empresa de construcción, seguía buscando algún motivo para que no le gustase la escuela, la cual se encontraba en una casita pintoresca. A pesar de sus esfuerzos y de la absurda idea de Clara de despertarse temprano, iban con retraso. Había empezado a nevar y Lee no quería acelerar mucho sobre las calles llenas de hielo medio derretido. A pesar de su entusiasmo por irse, había tomado veinte minutos que Clara se pusiera su abrigo de invierno y saliera de la casa.

Lee le desabrochó el cinturón de seguridad a la niña y la siguió sin muchas ganas por las escaleras llenas de nieve. Se preguntó si debería haber insistido en que Clara usara sus botas de invierno en vez de las zapatillas de tenis con dibujitos de ositos rosas, pero ella corrió tan rápido a empujar la puerta que la nieve no tuvo oportunidad de pegársele a las piernas.

La puerta dio paso a una pequeña antesala. Clara hubiese seguido de largo pero Lee la detuvo al reparar en un perchero.

—Ven, cariño, vamos a quitarte el abrigo.

Clara se retorció, refunfuñando mientras Lee le quitaba el abrigo y lo colgaba en un gancho vacío.

Tras la segunda puerta, se encontraron con un caos ruidoso y cálido. Había niños riendo y jugando a diferentes actividades, y alguien tocaba una canción alegre en un pequeño piano. El músico, invisible desde la puerta, terminó la canción en una nota creciente, y algunos de los niños aplaudieron con alegría.

Lee no estaba preparado para esto. Había sido un tonto por creer que podía hacerlo, ¿dejar a Clara con un extraño por tantas horas? Le diría a la señora que había cometido un error, que Clara estaba muy ansiosa, que... continuó pensando en alguna excusa. ¿Que se había olvidado de traerle el almuerzo? Frunció el ceño: normalmente eso era suficiente para espantar a una persona débil e indecisa. Tal vez la maestra ni siquiera preguntaría por qué estaba sacando a Clara de su clase.

Pero Clara, indiferente al barullo, ya se dirigía a paso firme hacia adelante, con el almuerzo en una mano mientras que con la otra tiraba de Lee.

—Su nombre es “Señorita Patricia” —anunció entusiasmada—. La tía Bella me lo dijo.

Entonces la señorita Patricia salió de atrás del piano y las excusas de Lee murieron en sus labios.

El moño gris y los lentes que había imaginado no estaban por ningún lado.

La pequeña anciana de su imaginación no compartía ninguna semejanza con la diosa rubia que le sonreía a su hija. Era alta y voluptuosa, de ojos grandes y marrones, con un cabello rubio suelto a la altura de los hombros. Irradiaba energía y Lee sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—Tú debes ser Clara —dijo ella.

Su voz parecía venir de muy lejos. Los sonidos de la habitación se habían disipado ante el shock de verla.

—Sí, soy yo —dijo Clara, confiada—. Tengo cuatro años. Traje mi almuerzo.

—Déjame mostrarte dónde ponerlo —respondió la señorita Patricia, y al enderezarse se encontró con los ojos de Lee.

Él nunca había creído en las almas gemelas, pensaba que toda la idea de una pareja designada por el destino era ridícula, un invento de personas que necesitan de la ficción como consuelo para sobrellevar sus vidas. Pero los ojos de la maestra eran piscinas infinitas de un castaño cálido. Su mirada era el primer lugar en el que se sentía como en casa. El oso dentro de él rugió con placer.

—Usted debe ser el señor Montgomery —dijo Patricia, y su voz estaba tan llena de vida como sus ojos, con ese leve acento del Medio Oeste que hasta entonces Lee no sabía que adoraba.

Lee se dio cuenta de que Patricia tenía la mano extendida, aunque no tenía idea desde hace cuánto tiempo.



—Lee —respondió con prisa, extendiendo la mano rápidamente para darle la suya.

Tocar su piel fue como ser electrocutado por un rayo y tuvo que obligarse a soltarla después de un apretón demasiado largo en el que al final Lee simplemente sostenía su mano. Nunca antes había tenido tantas ganas de besar a una completa desconocida.

—Lee —dijo ella, en tono divertido—. Es un placer conocerlo.

En ese momento Clara se soltó de la mano de Lee y empezó a seguir a la radiante mujer que se movía como una bailarina, llena de gracia y soltura. Si la camisa floreada le quedaba bien, los jeans le quedaban aún mejor. Lee quedó hipnotizado observándola inclinarse para mostrarle a Clara dónde poner su almuerzo. Al arrodillarse a su nivel, Patricia se convirtió en un imán para los niños y fue rápidamente rodeada por un montón de personitas que exigían su atención.

Incluso más atractivo que sus curvas y su cabello sedoso —que por sí mismos eran suficientes para llevar a Lee a un estupor de deseo— era el aire de sutil ternura que emanaba de Patricia. Su sonrisa dulce y la manera cuidadosa con la que atendía a los niños dibujaban un panorama encantador. Patricia sabía con exactitud qué niños necesitaban juegos para redirigir su energía, y cuáles requerían un pequeño empujón para estimular su confianza. Sus movimientos nunca eran bruscos o irritados. Su atención fluía sin esfuerzo por el grupo y su presencia parecía calmar toda el aula.

Lee no se percató de que se había quedado parado mirandola hasta que Clara regresó corriendo a donde estaba y le tironeó de la mano.

—Papá, se supone que debes irte ya.

Lee sintió sus mejillas enrojarse de repente —no recordaba la última vez que se había sonrojado— y se arrodilló para darle a Clara un abrazo rápido.

—Pásala bien, cariño.— le dijo, y luego se dio media vuelta para huir en un arrebató de confusión.



PATRICIA SABÍA QUE el primer día de preescolar después de cualquier periodo de descanso —incluyendo navidad— tenía que preocuparse tanto por los padres como por los niños. Pocos estaban realmente preparados para despedirse y no sabían lidiar con los niños que estaban demasiado apegados a

ellos. Sin embargo, hasta entonces sólo una niña había necesitado atención extra esa mañana y había quedado encantada con el conejo de la clase.

Harriette Ambler, como era de esperarse, era la peor de las madres, una tormenta de condescendencia y exigencias. Su hijo Trevor era un dócil angelito, pero quien escuchara a Harriette hablar (¡justo en frente del pobre niño!) pensaría que era un completo demonio. Harriette evidentemente dudaba que Patricia fuese capaz de lidiar con aquel desafío por un segundo semestre. Empujó con el codo a una niña para quitarla del medio y conseguir la atención de Patricia para luego explicarle detalladamente el contenido del almuerzo de Trevor (información que también estaba escrita en la mismísima bolsa) e insistió que él no podía participar en ningún juego brusco o, según lo que describió, en ninguna actividad divertida. Patricia se las arregló para encontrarle la mirada a Trevor mientras su mamá no estaba mirando. Puso los ojos en blanco y se encogió de hombros exageradamente. Él la recompensó con una sonrisa tímida que se desvaneció cuando Harriette lo regañó por estar encorvado.

—Estoy segura de que va a salir todo bien, Harriette. —Patricia le aseguró, alegremente. —¡Nos vemos a las dos!

Sólo entonces pudo llevar a Trevor al rincón de pintura y dirigirse al piano. Tras haberse quedado sin audiencia, la irritable mujer finalmente se fue y Patricia empezó una canción alegre para celebrar.

El último padre en la lista de Patricia y el único a quien aún no conocía era Leland Montgomery. En ciertas cosas era exactamente como ella se lo había imaginado, pero en otras no se parecía en nada.

Bella, la hermana de Lee, le había explicado que era un padre soltero, por lo que Patricia se había preparado para recibir a una niña malcriada o descuidada con un padre agobiado que no podía tomarse la molestia de educar a su propia hija. No le sorprendió que llegara tarde, y se levantó del piano lista para oír excusas y tener un conflicto desagradable. Seguramente sería o del tipo de padre soltero que odiaba a las mujeres por haberlo hecho sufrir o del tipo sobreprotector que no podía creer que su hija tuviese defectos. De cualquier manera, llegar tarde ya iba a ponerlo a la defensiva.

La primera sorpresa fue su tamaño. Su corpulenta figura hacía que el edificio a su alrededor se pareciera pequeño. Se imaginó que con esos maravillosos hombros tal vez había sido parte del equipo de fútbol americano en la secundaria. Probablemente ahora trabajaba en construcción. Un vistazo a

través de la ventana confirmó su conjetura: una vieja camioneta de una empresa constructora estaba estacionada frente a la escuela.

Pero Lee no parecía un obrero, a pesar de la gastada camisa a cuadros y sus grandes manos. Parecía un modelo jugando a ser un leñador, con esos tersos pómulos y ojos de un azul penetrante. La mata de cabello negro encima de sus pobladas cejas parecía se veía tan premeditada como la barba que nacía de su mandíbula cincelada..

Su tipo de cara y cuerpo eran la debilidad de Patricia, pero ella tenía que concentrarse en Clara. No podía permitirse abochornarse, o hacer el ridículo babeando por él, o posiblemente por desmayarse dramáticamente a sus pies.

Como ella era demasiado grande y torpe para verse bien desmayándose, Patricia se conformó con poder intercambiar sonrisas con la niña.

Clara era tan adorable como sólo podía serlo un niña de cuatro años con bucles. Patricia se había hecho maestra por sonrisas como la suya, mofletudas y plenas de confianza y entusiasmo. Encontrarse con la mirada vigilante del padre de la niña le dio nuevos motivos para muchas otras cosas, y Patricia tuvo que buscar en lo profundo de su ser la tranquilidad necesaria para decir:

—Usted debe ser el señor Montgomery.

—Lee — respondió sin más, con el ceño fruncido, tendiéndole la mano.

Sentir su piel fue como saltar a una piscina fría en un día de calor asfixiante: una mezcla de shock, alivio y emoción, todo al mismo tiempo. Sus callos confirmaban las conjeturas de Patricia sobre su ocupación: manos grandes, fuertes, y toscas, que hacían que las suyas parecieran pequeñas y delicadas. Se olvidó de soltarlo hasta que empezó a resultar incómodo.

—Lee —Patricia repitió como una idiota, saboreando la sílaba— Es un placer conocerte.

Afortunadamente, Clara quebró el estupor con su entusiasmo infantil, y Patricia pudo desprenderse de aquel hombre espléndido para mostrarle a la niña la ubicación de los armarios donde podía guardar su almuerzo.

—¡Tiene mi nombre! —Clara exclamó con alegría mientras señalaba todas las letras.— Tengo dos “as” —aseguró solemne—, pero no están juntas.

Ese comentario llamó la atención de uno de los niños, Aaron, quien resaltó cómo sus dos aes sí estaban juntas, despertando así el interés del resto de la clase, que se fue en bandada a conocer a la niña nueva. Como era un pueblo pequeño, el resto de los niños ya se conocían.

—Nos acabamos de mudar de la ciudad —les dijo Clara—. Nuestra casa se está cayendo a pedazos, pero mi papá la va a arreglar y la va a dejar como

nueva.

Aquello provocó una ola de preguntas sobre la ciudad, y Amber le rogó a Patricia que leyera el libro de “Ratoncito de Ciudad”. En algún momento en medio del caos, Clara se escabulló a la puerta para despedirse de su papá. Patricia no lo vio partir, pero pudo sentir su ausencia, como si se hubiese llevado toda la luz con él. Nunca se había sentido tan decepcionada al ver a uno de los padres irse y deseó, por un momento insensato, que Clara fuese una niña más apegada y le diera a Lee algún motivo para quedarse un poco más.



## Capítulo Dos

Lee no tenía ninguna intención de llegar tarde a recoger a Clara. Ya había sido lo suficientemente vergonzoso haber llegado tarde a la mañana. Más importante, sin embargo, era que no podía esperar para volver a ver a Patricia. Se percató de que había pasado el día acariciándose la mano que Patricia le había tocado, pensando en su risa y en cómo movía los labios cuando hablaba. Su oso refunfuñó impaciente en su cabeza, ansioso por estar en la presencia magnética de Patricia otra vez y cuanto antes.

Su vehículo fue el primero en estacionarse frente a la vieja escuela, y tuvo que obligarse a esperar hasta que las agujas de su reloj le indicaran que sólo faltaban pocos minutos. Justo cuando abrió la puerta oxidada de la camioneta prestada, otro auto entró y Lee se detuvo para permitirle estacionar a su lado. La mujer que salió del Chrysler exageradamente brillante y púrpura tenía un cabello esponjado más acorde a los años 80 y un celular en la mano. Llevaba unos tacones completamente ridículos considerando la nieve medio derretida en el suelo. Al salir de la camioneta cuidadosamente, ya que la mujer había estacionado absurdamente cerca, Lee debió haber soltado un gruñido porque de pronto se encontró con que tenía toda su indeseable atención.

Sus ojos azules se abrieron como platos y su conversación telefónica milagrosamente perdió importancia. Ya se estaba guardando el celular en su cartera de diseñador cuando se encontró con Lee al frente de ambos vehículos.

—¡Vaya! —dijo, agitada— No te dejé mucho espacio ahí, ¿no?

Esa observación implicó apretarse contra él para pasar por el escaso espacio entre los dos vehículos.

—No.

Lee esperó que su respuesta cortante fuera suficiente para dar por terminada la conversación, pero la mujer se puso la mano en el pecho como si hubiese cometido una terrible ofensa.

—¡Lo lamento tanto! —dijo en tono dramático— Es un auto tan nuevo, ¿sabes? ¡Aún no sé cómo calcular la distancia!

Lee se abstuvo de afirmar que era evidente que ella tampoco tenía idea de dónde estaba cuando no iba manejando, y dio un paso hacia atrás para recuperar un poco de su espacio personal.

—No pasa nada —dijo él, cortante, deseando poder seguir su camino.

Ella pareció interpretar su respuesta como una invitación a continuar la conversación.

—Soy Harriette. —se presentó, extendiendo una mano que Lee no pudo evitar comparar con la de Patricia. Era una mano pequeña y blanda, con uñas excesivamente arregladas y de piel extremadamente suave, sin la calidez y fuerza que tenía la de Patricia.

—Tú debes ser el señor...

—Montgomery —Lee dijo, puntual, con toda la intención de no darle su nombre de pila.

Harriette lo esperó un momento y finalmente desistió, sin soltarle la mano.

—Señor Montgomery —dijo, degustando la palabra—. ¡Es un placer conocerlo! Acaba de mudarse, ¿no es cierto?

Lee recuperó su mano y asintió, decepcionado de que fruncir el ceño no le estuviera dando el resultado esperado.

—Yo trabajo en el mercado inmobiliario. —Harriette explicó sin que nadie le hubiese preguntado.

Pareció pensativa por un momento y luego adivinó:

—¡Tú debiste comprar la vieja casa Lawson!

—Sí.

Lee estaba empezando a preguntarse si había forma de pasar empujándola con el codo sin ser grosero. Los autos se estaban estacionando uno tras otro, desembocando en una ola de madres que se reunían en el mismo espacio. Harriette pareció ofenderse, pero consiguió sacarle partido a la situación a su favor presentando a Lee a la multitud de madres, como si ella supiese algo que ellas no.

—Este es el señor Montgomery —les dijo, como si fuese su amigo desde hace años—. Compró la vieja casa Lawson.

—Oh, la casa Lawson...—dijo con ansias una morena de cabello corto, abriéndose camino para darle un apretón de manos. El anillo de matrimonio en su mano no le impedía hacer evidente que se estaba babeando por Lee. —Es una casa tan bonita y grande, una lástima que la hayan dejado deteriorarse.

—Voy a restaurarla —Lee se sintió obligado por la conversación a responderle, provocando una serie de murmullos y miradas especulativas sobre la vieja camioneta de la compañía.

Estaba empezando a arrepentirse de haberse vestido mejor para ir a recoger a Clara. Su esfuerzo por darle una mejor impresión a Patricia estaba

teniendo un efecto secundario indeseado: lo hacía parecer económicamente deseable ante la brigada de amas de casa.

Para su alivio, la puerta de la escuela se abrió y un rebaño de niños envueltos en abrigos y botas corrió a interrumpirlos. Los vigilaba de lejos una asistente que no era Patricia. Pudo agarrar a Clara de entre la multitud y cólumpiarla en sus brazos.

—Me gusta el preescolar —dijo, animada.

—Que niña tan encantadora —le dijo Harriette, ignorando totalmente al pequeño niño que se le había acercado para entregarle la manualidad que habían hecho ese día. —¡Es tan adorable!

—Podimos pintar, y había música y hay un conejo y Aaron tiene dos aes juntas en su nombre y cantamos canciones... ¡Y yo escribí mi nombre aquí para ti!

El monólogo de Clara fue una excusa bienvenida para poder ignorar a Harriette, lo cual Lee hizo con placer.

Lee sopesó la multitud de mujeres observándolo atentamente que estaban entre él y la escuela, y decidió que retirarse era preferible a intentar ver a Patricia. Pasó de largo a la pesada de antes y dio la vuelta a la camioneta para meter a Clara en su asiento. Ya vería a Patricia en otra ocasión.

Su oso le gruñó descontento mientras se alejaban en la camioneta, dejando a Harriette en su auto púrpura con el ceño fruncido.





## Capítulo Tres

Patricia dio un vistazo por la ventana justo a tiempo para ver la camioneta de Lee alejarse.

Sintió una punzada de decepción, pero la desechó rápidamente. Aquel hombre hermoso probablemente ni siquiera recordaba el encuentro de esa mañana. Ella, por otro lado, sentía como si el mundo entero hubiese cambiado de alguna manera.

—Patricia, eres una idiota —se regañó a sí misma, mientras recogía el resto de los juguetes que habían quedado cerca de la ventana. —El amor a primera vista solo pasa en los cuentos de hadas.

Y ella era una mujer adulta, demasiado grande para tales tonterías. Simplemente se sentía un poco sola y había tenido una reacción irracional hacia un hombre particularmente atractivo que daba unos apretones de manos extraordinarios.

—¿Acaso no está para comérselo? —dijo Andrea mientras regresaba, haciendo eco de los pensamientos de Patricia. El último niño ya había sido entregado a sus padres y el último auto estaba saliendo del estacionamiento. —Y no pasó desapercibido por ninguno de esos buitres, digo, madres.

Patricia se rió. Los hombres solteros recién llegados siempre eran objeto de atención tanto de las mujeres como de las casadas, y Lee era del tipo que atraía todo interés. Aunque parecía ser pobre, era lo suficientemente atractivo como para compensar.

Patricia alzó la vista de la cesta de juguetes y se encontró a Andrea mirándola con curiosidad.

—¿Qué?

—¡Te gusta!

A veces los poderes de observación de Andrea eran sorprendentes. Ya Patricia la había acusado de brujería una o dos veces a modo de broma, y mientras más conocía a esa pequeña y brillante mujer, más aumentaban sus sospechas.

Esta era otra ocasión en la cual parecía haberle leído el pensamiento, y Patricia se ruborizó.

— Eh... yo... él es... ¡Pero si apenas nos conocemos!

Andrea sonrió con superioridad y sacudió su cabello negro y elegante hacia atrás con aire sobrado.

—Y tú eres demasiado pragmática para creer en el amor a primera vista.  
Patricia tuvo que reírse de sí misma.

—Lo soy —insistió—. Tengo más sentido común. Además, él es el padre de una de mis estudiantes. ¿No te parece que sería bastante inapropiado?

—No más inapropiado que cualquiera de las mujeres casadas que se le tiraron encima en el estacionamiento —dijo Andrea, poniendo los ojos en blanco. —Prométeme que si la oportunidad se presenta no la vas a desperdiciar.

—No habrá ninguna...

—¡Prométemelo!

Puede que la cabeza de Andrea apenas llegara a la clavícula de Patricia, pero era una mujer de armas tomar.

—¡Lo prometo! —respondió Patricia, resignada.

Andrea la miró escéptica, pero después aceptó la palabra de Patricia, asintiendo solemnemente.

—Voy a recordar esta promesa.

Patricia sabía que lo haría.

Esa noche, mientras se ponía el delantal para su segundo trabajo como camarera, Patricia trató de convencerse a sí misma de que era una promesa irrelevante a final de cuentas.

No era como si fueran a tener muchas oportunidades para interactuar fuera de la estricta relación maestra-padre. Para cuando Clara se graduara del preescolar, a él sin duda ya lo habría atrapado alguna de las muchas mujeres interesadas del pueblo. Era demasiado atractivo como para dormir solo por más tiempo del que él mismo decidiera, y ¿qué más tenía ella para ofrecerle? A pesar de que Green Valley no era un pueblo adinerado, había muchos ciudadanos con muchos más recursos que los suyos. Harriette, por ejemplo, había hecho una respetable fortuna en bienes raíces.

La idea de Lee con Harriette le revolvió el estómago y no solo porque aquella mujer odiosa había acumulado la mayor parte de su dinero vendiendo granjas familiares a grandes empresas con planes de construir apartamentos baratos. Encima estaba intentando comprar el edificio de la escuela y, según los rumores, la horrible mujer ya había aceptado un anticipo por una pintoresca hacienda emblemática, la cual planeaba demoler para construir una serie de casitas baratas idénticas. Esto era parte de su proclamado plan de convertir a Green Valley en una ciudad dormitorio para la urbe más cercana.

Patricia seguía amargándose con la idea y fantaseando con poder comprar ella misma el edificio de la escuela mientras hacía la ronda entre las mesas del Gran's Grits, el restaurante más pequeño de los dos que había en el pueblo. La urgencia de la hora de la cena, llena de caras conocidas, era una distracción bienvenida a sus pensamientos.

Cuando escuchó la campana de nuevo, automáticamente hizo una lista de los posibles clientes en su cabeza. El local estaba demasiado lejos de la autopista como para atraer muchos forasteros.

—¡Buenas noches, Stan! —gritó por encima del hombro, y mientras se volteaba para llevar el menú, cayó en la cuenta de que había algo que no encajaba.

Sabía quién era incluso antes de verlo: ¿sería por su aroma salvaje y limpio? ¿O acaso algún indicio de su pisada fuerte en el suelo? Tuvo que esforzarse por no quedárselo mirando; Lee era incluso más guapo de lo que recordaba. Una vez más, Clara evitó que hiciera el ridículo al ofrecerle un lugar seguro donde dirigir su mirada. Sus manos agarraron un segundo menú automáticamente, y pudo bromear mientras los guiaba a una mesa que estaba metida en la esquina.

—Clara, qué amable de tu parte haber traído a tu papá a cenar.

Apenas le temblaron las manos cuando le entregó el menú a Lee.

—Papá solo sabe cocinar tortitas. —Clara explicó con sinceridad.

—Bueno, nuestro especial de esta noche es... —por un momento, la mente de Patricia se quedó en blanco. “Yo en una bandeja probablemente sería inapropiado,” se recordó a sí misma. Además, eso no era a lo que Andrea se refería con aprovechar la oportunidad en caso de presentarse.

—Pastel de pollo —recordó justo antes de que el momento se tornara incómodo—. Se los recomiendo.

—Tú eres mi maestra —dijo Clara, con su carita arrugada y pensativa mientras Patricia la ayudaba a montarse en una silla alta.

—También trabajo aquí.

Dio una mirada sarcástica a Lee y dijo en tono de broma:

—Ser una maestra de escuela tres días a la semana en un pueblo tan pequeño como este no da para cubrir la hipoteca.

De inmediato se cuestionó si no había sido inapropiadamente honesta. Estaba consciente de las discretas y no tan discretas miradas que venían de las otras mesas y se dedicó a ser más profesional.

—¿Les traigo alguna bebida?

Lee le echó una mirada al menú laminado.

—Té helado —eligió— y leche para Clara.

Patricia huyó a la cocina.

Afortunadamente, el viejo George, el cocinero, era un hombre grande y solido que no juzgaba a nadie, así que no dijo nada de que Patricia se echara agua fría en la cara caliente antes de agarrar las bebidas y regresar a tomarles la orden.

—¿El papel de pollo tiene espinacas?

Clara quiso saber cuándo Patricia le entregó las bebidas.

—Pastel de pollo, cariño —Lee le corrigió.

—Papel de pollo —Clara repitió con calma.

Patricia intercambió una mirada divertida con Lee antes de darse cuenta, y se sonrojó un poco antes de explicarle a Clara:

—No, no tiene espinacas. Es un pastel crujiente con salsa cremosa, guisantes y trocitos de papa, zanahoria y pollo. ¡Tiene puré de papas encima!

—También tienen perros calientes —sugirió Lee revisando la opción infantil del menú.

Pero Clara ya había sido convencida.

—¡Quiero papel de pollo!

Y le entregó su menú a Patricia decididamente.

—Dos platos especiales, siguiendo tu excelente recomendación —Lee aprobó, y le dedicó una sonrisa que la derritió por dentro.

Patricia tomó los menús y se retiró a recoger una pila de platos vacíos de otra mesa.

—Gina dice que Harriette dice que él compró la casa Lawson —le dijo Norman mientras Patricia le llenaba el vaso con agua y preguntaba si estaba satisfecho con la comida.

Norman siempre estaba al tanto de buenos chismes gracias a su hija.

Patricia no había verificado la dirección de Lee en la base de datos de los padres, pero siempre dudaba de todo lo que viniera de la boca de Gina. Particularmente si de paso su fuente era Harriette.

En otra mesa, la vieja señora Fredricks se reía y hacía señas a Patricia para que se acercara y así poder susurrarle:

—¡Es un bombón, cariño! ¡Si no le das tu número, le doy yo el mío!

Patricia se rió de ella y le dio un abrazo por encima de los hombros porque ya estaba inclinada.



LEE INTENTÓ NO MIRAR la danza de Patricia por el restaurante, pero era un lugar pequeño y ella lo llenaba con su presencia luminosa.

La ternura y calidez que había presenciado con los niños del preescolar aparentemente también se extendía a las personas mayores, y no pudo evitar sentir envidia de su capacidad de afecto.

Nunca había estado agradecido por la manera tan lenta de comer de Clara, pero esta vez pudo haberla besado por perder el tiempo. Medio plato de pastel de pollo se convirtió en un asunto de una hora, y luego de dos.

Medio vaso de leche derramado le tomó otros tantos minutos, y Lee consideró derramar su propia bebida con tal de ver a Patricia inclinarse para limpiar otra vez, regalándoles su risa bondadosa.

Los otros clientes se fueron retirando gradualmente hasta que solamente quedaron ellos denle el agradable lugar.

—Nunca antes tuve tantos pedidos de postres —le dijo Patricia, mientras traía la cuenta con dos caramelos de menta. —¡Creo que todos en el pueblo querían quedarse a ver a esta niña tan interesante! —bromeó con Clara, y le dio a Lee una mirada rápida que sugería que no era exactamente Clara quien atraía toda la atención. Se sonrojó y añadió más seria:

—Los atenderé en la caja cuando estén listos.

Lee estaba acostumbrado a las mujeres que adulaban a Clara para tratar de congraciarse con él, y también a que buscaran su atención incluso cuando la niña no estaba.

Patricia, por el contrario, daba claros indicios de sentirse atraída por él, pero no mostraba ningún interés en hacer algo al respecto.

De hecho, flirteó más con el viejo que acababa de irse que con él, y su atención hacia Clara parecía completamente genuina. Esto sólo hacía que su oso quisiera perseguirla todavía más, pero no tenía idea de cómo. No era un problema que hubiera tenido antes.

Se conformó con verla limpiar las mesas mientras le ponía a Clara su abrigo y botas. Tras angustiarse un momento por la propina (si le daba mucho, ¿parecería que estaba tratando de comprarla?), dejó exactamente el 15% de servicio en el recibo de la tarjeta de crédito, calculado hasta los decimales.

En la puerta, se detuvo.

—Gracias —le dijo.

Clara le hizo eco mientras él trataba de pensar en algo más que añadir.

—¡Gracias, Señorita Patricia!

—¡De nada! —Patricia le respondió— ¡Te veré mañana!

Acto seguido, se retiró enérgicamente con la factura y el último vaso, ahorrándole cualquier conversación a Lee.

Su oso quería perseguirla, literalmente, pero él controló a la bestia y se llevó a Clara tomada de la mano. Podía ser paciente.

Tenía que ser paciente.





## Capítulo Cuatro

Cada vez que sonaba la campanita de la puerta, a Patricia se le aceleraba el corazón, aunque sabía que lo más probable era que fuese alguno de sus clientes regulares. Darse la vuelta tan rápido cada vez que chirriaba la puerta le estaba dando tortícolis.

Le llevó más servilletas a Norman, cuyas manos últimamente temblaban más de lo que a él le gustaba admitir, y recogió los platos sucios de la mesa de la señora Fredricks mientras sonreía al recordar sus ocurrencias.

Se obligó a no mirar cuando la campana sonó otra vez mientras le tomaba la orden a Stan de espaldas a la puerta, pero no pudo contener una ridícula esperanza.

Cuando volteó y se encontró a Lee parado en la entrada con Clara tomada de la mano, no pudo evitar sonrojarse, sonreír excesivamente y casi estornudar intentando retomar algún tipo de control en su cara.

—Buenas noches —dijo en un tono demasiado alto, mientras les traía el menú y señalaba la misma mesa donde se habían sentado antes. —En un momento vengo a decirles los especiales del día.

Huyó a la cocina, donde el viejo George le dedicó una de sus raras sonrisas cuando Patricia fue incapaz de recordar la orden de Stan.

—Él vino anoche también —le dijo el cocinero con su voz grave—. Parecía decepcionado de no encontrarte aquí.

—Es un hombre soltero que no sabe cocinar —Patricia le explicó—. ¡No hay muchas opciones en el pueblo!

George se encogió de hombros y empezó a preparar el plato de siempre para Stan, mientras enviaba a Patricia con otra orden para entregar.

Patricia lo llevó a su destino sin ningún inconveniente, tratando de disimular mientras miraba a Lee de reojo.

Respiró hondo y luego llevó un té helado y leche a la mesa de Lee y Clara.

—Esta noche tenemos carne de res picada con tostadas —le dijo—. Es una de las especialidades de George.

Lee miró el vaso de té, confundido.

—Yo... eh... debí preguntarte si querías tomar lo mismo —dijo Patricia, dándose cuenta de que había asumido su orden.

—Oh, sí, ¡lo quiero! —Lee se apresuró en responder— Es un buen té. Con bastante sabor a limón. No demasiado dulce.

—Hay azúcar, si lo quieres más dulce —dijo Patricia, señalando al muy evidente azucarero al borde de la mesa. Luego se sintió ridícula: él acababa de decir que no era demasiado dulce.

—Gracias —dijo Lee.

Clara, quien había estado apilando su abrigo y guantes en la silla vacía a su lado, escogió ese precioso momento para decir:

—¡Yo podría ponerle más azúcar a mi leche!

Y agarró entusiasmada el azucarero.

Lee recuperó el recipiente y lo puso en un lugar fuera de su alcance.

—No me parece, osita. La leche no necesita azúcar.

—La mamá de Aaron dice que tú necesitas azúcar —dijo Clara con inocencia.

Lee y Patricia casi se ahogan tratando de aguantar la risa, y no lograron mirarse a los ojos.

Patricia carraspeó, buscando una manera de pasar a un tema más seguro.

—Tenemos brownies recién hechos para el postre.

—Si te comes toda la cena —Lee aclaró rápidamente, mientras que Clara daba saltitos, emocionada con la idea.

—¡Un hot dog! —declaró Clara, pasándole el menú a Patricia— ¡Me lo voy a comer todo!

—Yo voy a querer el plato especial, y apártanos dos brownies —dijo Lee, finalmente mirándola a los ojos.

Era como bañarse en la luz del sol. Patricia era consciente de que, si se lo hubiera permitido, podría perderse en los hermosos ojos azules de Lee. “No le coquetees, no le coquetees”, Patricia se dijo a sí misma, firmemente, aunque no pudo evitar sonrojarse.

Había sido testigo de cómo las mamás de la escuela se lanzaban sobre él durante los últimos dos días, y la frialdad con la que él había reaccionado. —¡Excelente! —dijo Patricia con una sonrisa grande y amigable que no transmitía más nada, y no volvió a la mesa hasta que sus platos estuvieron listos.

Para su sorpresa, Lee trató de entablar una conversación en varias ocasiones.

Patricia respondió a sus preguntas sobre Green Valley con la mayor simplicidad posible y se mantuvo ocupada con otras tareas, recordándose que no debía intentar caerle bien. Tenía que encontrar un balance entre una actitud ligera y amigable y su deseo de lanzarse en su regazo y rogarle que la besara.

El restaurant Grand Grit's cerraba temprano, ya que su especialidad eran los desayunos y almuerzos, con la cena como opción añadida. Una vez más, Lee y Clara fueron los últimos clientes en irse.

Clara cumplió la promesa de comerse todo el hot dog, pero tuvo que dejar la mitad del gigantesco brownie. El helado que lo acompañaba se había derretido, pero se lo seguía comiendo de a poco mientras Patricia levantaba el plato de Lee y le traía una copia de la factura y su tarjeta de crédito.

En ese momento, sus manos se tocaron y Patricia se quedó congelada. Él no movió los dedos y cuando Patricia se atrevió a levantar los ojos se encontró con su mirada intensa y curiosa. Patricia era muy consciente del lugar exacto en que sus pieles se rozaban, y no pudo soltar la bandeja con la copia de la factura hasta que se dio cuenta de que estaba temblando.

Lee no esperaba aquel movimiento repentino y la bandeja cayó sobre la mesa con un ruido que sobresaltó a Clara, que ya había empezado a dormirse como los niños logran hacerlo: sentados y con los ojos abiertos.

—Estoy cansada... —dijo la niña quejosamente, y en ese instante la situación se enfrió.

Lee devolvió toda su atención a Clara y Patricia huyó a la cocina mientras ellos se ponían sus abrigos y se iban.



## Capítulo Cinco

Justo cuando apagó la lijadora eléctrica, el timbre de la puerta sacó a Lee de su concentración en el trabajo.

—¡Voy! —gritó, moviéndose a través del laberinto de caballetes y herramientas para llegar a la sala.

La casa era un caos de cajas de mudanza y obras en construcción.

La mitad del lugar estaba en pleno proceso de acabado, con cinta de protección para pintura en los contornos de las puertas y una cobertura de plástico sobre la chimenea. Sólo el cuarto de Clara y el suyo estaban totalmente terminados, así como los baños de cada uno y la cocina del piso inferior, la cual había demolido para unirla con el cuarto de servicio y convertirla en un único espacio abierto y ventilado, con un rincón para desayunar.

La fachada se veía mucho peor, con el revestimiento listo pero sin pintar debido a la llegada del invierno. Dos de las ventanas del lado sin terminar estaban clausuradas con tablas.

El tejado debía ser reemplazado completamente, pero en vez de eso había sido remendado en varios lugares, dándole a la casa un aspecto maltrecho.

La frustración que sintió Lee por haber visto su trabajo interrumpido se convirtió en miedo cuando abrió la puerta y vio a Patricia parada en la entrada, con el cuerpo inerte de Clara sobre un hombro. La niña estaba envuelta en un abrigo naranja y azul que la protegía de la nieve. Tras ella, copos de nieve caían cubriendo el jardín y oscureciendo la vista al valle.

—Clara —dijo Lee, luchando contra el miedo que lo paralizaba—. ¿Clara?

—Está bien —dijo Patricia con rapidez, y Clara se movió y murmuró, apoyando los brazos con más fuerza en el cuello de su maestra—. Sólo se quedó dormida en el camino.

—Aún no es hora de recogerla —dijo Lee con voz débil, mirando su reloj.

Los latidos de su corazón se calmaron levemente ante la certeza de que su hija estaba a salvo. El hecho de que Patricia estuviera tan cerca de él lo hizo sentirse deshecho y necesitado. Su oso gruñó incitaciones inapropiadas.

—Está cayendo una nevada apocalíptica —le explicó Patricia, entrando con Clara.

Cuando Lee intentó tomar a Clara en brazos, intentando no distraerse con el aroma cálido que emanaba de la nieve derritiéndose en el cabello de Patricia, su hija protestó y hundió la cara aún más en el hombro de la maestra.

—Hoy cancelamos la última mitad de la jornada en la escuela. Intenté llamar, pero atendía directamente el contestador. Las carreteras estaban empeorando así que decidí traerla mientras podía.

Lee recordó el símbolo rojo intermitente de la batería que había aparecido en su teléfono al terminar la llamada con su hermana Bella. No lo había conectado al cargador.

—Aún no hemos conseguido una línea de teléfono fijo —dijo, apenado.

—Parece que tienen una obra en curso aquí —dijo Patricia con diplomacia.

—La habitación de Clara está terminada —replicó él.

Cuando el siguiente intento de soltar a Clara del hombro de Patricia terminó nuevamente en una protesta adormecida, le indicó:

—Tráela por aquí. —justo cuando ella decía:

—Es mejor que la acueste en la cama...

Aunque los peldaños no estaban terminados, el pasillo superior sí, y Lee se sintió satisfecho cuando Patricia entró a la habitación de Clara y se le escapó un suspiro.

—¡Oh!

Lee no había escatimado en la habitación, y había dejado a Clara escoger la decoración. La niña había elegido un tema de sirenas, que a Lee le parecía maravilloso. Las paredes estaban pintadas de azul y blanco, con imágenes adhesivas de peces tropicales, corales, y tesoros hundidos en el mar. La cama tenía cabecera en forma de concha marina y un cobertor azul.

El alféizar de la ventana estaba abarrotado de cojines de conchas marinas, además de un enorme calamar rojo tejido. Las estanterías estaban repletas de libros y cuadernos para colorear, así como contenedores de crayones y bloques de juguetes.

Había una casa de muñecas en una esquina, y un excavador de juguete donde Clara podía montarse. Lo único que desencajaba en el cuarto era una caja de mudanza con agujeros recortados para la puerta y las ventanas. Las paredes y parte del techo de la caja estaban adornadas con dibujos infantiles y dentro había una mesita (otra caja de mudanza) con un mantel de encaje y un juego de té.

Del otro lado de la habitación, un par de puertas blancas abiertas daban al vestidor, que a su vez dejaba ver un baño privado en el fondo.

Mientras Lee cerraba las cortinas, Patricia se acercó a la cama, le sacó las botas a la niña y la acostó.

Lee, que observaba hipnotizado, sólo podía maravillarse de cuán perfecto era verla colocar las sábanas para arropar a su hija, llevando el cobertor hasta sus hombros, mientras Clara exhalaba feliz y se acurrucaba. Lee apagó las luces y Patricia encontró la salida con la ayuda de una suave lámpara nocturna.

El sonido de la puerta del cuarto de Clara al cerrarse marcó un punto de quiebre, y si Lee ya era dolorosamente consciente de su cercanía, ahora era consciente también de ella como mujer. Su mujer.

Su alma gemela.

Estaban solos en su casa y Patricia estaba tan cerca que Lee podía oler el delicado aroma de su champú.

La erección ya le incomodaba dentro de los vaqueros. Tuvo que luchar contra el oso que desde dentro bramaba que Patricia era suya y tenía que tomarla en ese momento.

“Si hago algo ahora, saldrá corriendo”, pensó. “Ella necesita... que vaya despacio”.

—Podría... mostrarte el resto de la casa —le ofreció.

Patricia lo miró y se mordió el labio: su mirada era tímida pero implacable.

—Podrías mostrarme tu habitación —respondió, con apuro.

Era la invitación que Lee necesitaba y su corazón rebozaba de triunfo.

La tomó entre sus brazos y la besó.





## Capítulo Seis

**S**i Patricia hubiese tenido la capacidad de sentir celos de una niña de cuatro años, podría haber estado celosa de Clara. Su habitación era como entrar en un cuento de hadas, lleno de cosas con las que incluso Patricia hubiese disfrutado jugar. La Patricia de cuatro años habría entrado en éxtasis.

La Patricia de veintiséis años, por el contrario, estaba en éxtasis al tener a Lee tan cerca. Él llevaba una camiseta ajustada que dejaba ver su asombroso físico. Exudaba un olor a serrín, sudor y masculinidad que la atraía profundamente. Patricia acostó a Clara y se retiró de la habitación con la advertencia de Andrea retumbándole en la cabeza.

Esta es la oportunidad.

*Esta* es la oportunidad. Nunca tendría otra oportunidad tan conveniente.

¿Estaría leyendo mal las señales?

¿O era que él realmente sentía la misma atracción? Le parecía que Lee se la quedaba mirando y que sus sonrisas eran más frecuentes que lo que ameritaban las conversaciones que habían tenido. Pero tal vez Patricia malinterpretaba la situación.

La puerta de la habitación de Clara se cerró con un clic, y ambos se detuvieron al mismo tiempo.

—Podría... ¿mostrarte el resto de la casa?

La forma en que lo ofreció, titubeando y ansioso, le dio a Patricia el valor que necesitaba.

Lo miró fijamente y con absoluto descaro le dijo:

—Podrías mostrarme tu habitación.

Apenas tuvo un segundo para cuestionar su impulso antes de que él empezara a besarla, apretándose contra su cuerpo, abrazándola como un oso.

La manera en que la besó, con todo su ser, disolvió todas las dudas de Patricia, como si la arrastrara un río de pasión. Patricia podía sentir su erección a través de la tela del pantalón. Se aferró a sus hombros, desesperada, estirando el cuello para permitirle besarla más. Chocaron contra la pared del pasillo y se separaron entre risas y gestos para no hacer ruido.

—La habitación —dijo Lee, sin aliento—, por aquí...

Iban besándose y agarrándose a través del pasillo, tirándose de la ropa mientras se tropezaban contra las paredes hasta que Lee abrió la puerta de su cuarto y lograron entrar.

Sus manos eran grandes y ásperas pero al mismo tiempo gentiles y hábiles, y la camisa de Patricia estaba en el suelo antes de alcanzar la cama.

Por su parte, ya Patricia le había soltado el cinturón y estaba haciendo lo mismo con sus pantalones. En el momento en que llegaron a la cama, se detuvieron un segundo, tratando de retomar el aliento. La mirada de Lee solo podría describirse como “fascinada” y Patricia ni siquiera intentó disimular la suya.

La camiseta ajustada de Lee solo había sido una provocación: el físico que había cubierto era aún más delicioso.

Tenía los hombros llenos de músculos definidos y su abdomen marcaba abdominales perfectos.

Aún con el cuerpo extraordinario que tenía, era su rostro lo que la maravillaba.

Era hermoso, y la adoración en su mirada le derretía el corazón y le mojaba la ropa interior.

—No suelo ser así —dijo Patricia.

A su último novio lo había hecho esperar tres semanas antes de quitarse la blusa. ¿Qué tenía este hombre en particular que la hacía volverse loca?

—Yo tampoco —respondió Lee, y solo el sonido de su voz ronca provocó que le temblaran las rodillas.

Luego se inclinó y la besó; pero esta vez fue un beso diferente al primero, menos apasionado, con mayor control, profundo y trascendente. Patricia se entregó completamente: le tiró los brazos a cuello y se dejó acostar de espaldas sobre el suave cobertor.

Lee dejó de besarla por un momento, pasando a su cuello, lo que la hizo retorcerse de excitación mientras seguía desvistiéndola.

Primero le desabrochó el sujetador, deslizándolo por sus brazos con delicadeza. Acto seguido, con un dedo rozó la elástica de sus vaqueros mientras besaba los pechos que acababa de liberar, provocándola por un segundo. Se tomó su tiempo (¡y tanto tiempo!) en desabotonarle el pantalón. Patricia emitió un leve quejido y se aferró a sus hombros: q

Quería rogarle que se apurara, pero en el fondo estaba disfrutando tanto el juego que no podía protestar.

Lee le quitó los pantalones sin mayor esfuerzo, mientras le masajeara los muslos y le besaba el vientre.

Patricia no pudo evitar retorcerse y cerrar los ojos en un intento de detener la abrumadora cascada de sensaciones.

Debió mojar por completo su ropa interior: no había forma de que él no se diera cuenta de lo excitada que estaba.

Lee se detuvo y Patricia abrió los ojos mientras él se desplazaba en la cama. De pronto sus movimientos ya no eran lentos: estaba arrancándose los pantalones, dejando libre la erección que ella había sentido pocos minutos antes. Patricia estaba feliz de que sus ojos estuvieran abiertos al momento de la revelación (¡era magnífico!) pero también se quedó bastante preocupada: no parecía físicamente posible que cupiera dentro de ella.

Sin pausar, Lee le arrancó la ropa interior gruñendo como un animal. La cama se hundió bajo su peso cuando se montó a horcajadas sobre ella. En ese momento, lo único que deseaba Patricia era sentirlo completamente dentro.

—Por favor —murmuró.

Y él se enterró dentro con un impulso largo y lento, llenándola con toda su carne y su calor.



PATRICIA SE ARQUEÓ mientras Lee avanzaba, gimiendo, apretando, arañándolo y casi rogando de una manera que encendía aún más a Lee.

Tenía una necesidad profunda y salvaje de poseerla, pero se concentró primero en darle placer. Fue recompensado al sentir su orgasmo arrasador y el gemido de placer que vino después de algunas embestidas metódicas.

Patricia dejó escapar gemidos llenos de pasión y su cuerpo se tensó con gracia antes de relajarse.

Lee le besó el cuello y los hombros, atrapándola con su cuerpo contra la cama. Tuvo que forzarse a sí mismo a bajar la velocidad a un nivel casi doloroso. Era eso o arriesgarse a terminar la diversión demasiado pronto al dejarse llevar por su inmenso deseo.

Patricia siguió besándolo, y cambió de posición hasta quedar a horcajadas sobre él. Sus pechos divinos se movían al ritmo mientras ella se la introducía hasta lo más profundo de su ser.

Era glorioso verla montándolo así, siguiendo su ritmo relajado hasta hacerlo entrar en un estado de frenesí.

—Si no paras, me vas a hacer...

Patricia aceleró el ritmo y le clavó las uñas en los hombros, arqueando la espalda para llegar al orgasmo de nuevo, gimiendo y arqueándose. El placer de Patricia fue el inescapable catalizador para el clímax de Lee.

Dejó caer los brazos y se agarró de los extremos del cobertor mientras ella continuó en una cabalgata salvaje. Ambos terminaron con abandono.

Patricia cayó sobre su cuerpo, y él continuó deslizándose lentamente hacia dentro en los últimos segundos de placer hasta que la sensación del orgasmo se agotó.

—Uhm...—le susurró ella al oído con voz cansada— soy muy pesada para quedarme acostada encima.

Como respuesta, Lee la envolvió en un abrazo íntimo.

Amaba la sensación de sus curvas contra él y el contacto suave de la piel a lo largo de su cuerpo, y no estaba dispuesto a dejarla ir todavía. Ella no se opuso, sólo le dedicó un suspiro de satisfacción y se acurrucó en sus brazos.

—No suelo ser así —repitió lo que había dicho antes, y Lee sonrió.

—Yo tampoco —coincidió.

Pero también debía considerar que no todos los días hacía el amor con su alma gemela.

Se giró hasta que quedaron frente a frente y podía mirarla directo a la cara.

—Esto es muy poco profesional de mi parte —confesó Patricia.

—¿Te arrepientes? —preguntó, preocupado.

Ella lo miró picardía.

—Ni un poquito.

Lee tomó su cara entre sus manos para besarla otra vez y ver si podía saborear su risa en sus labios. Se besaron con la misma pasión que tuvieron al comienzo, y Lee se dio cuenta de que estaría listo de nuevo en poco tiempo. Patricia era lo más perfecto que había tenido nunca en brazos y Lee tuvo un sentimiento de pérdida cuando se levantó para buscar su ropa.

—El baño está por esa puerta —indicó él, y se sentó en la cama sólo para observar su elegante figura caminar sobre la alfombra.

Después se dejó caer de espaldas en la cama.

Tenía que decírselo.

Tenía que explicarle que era la mujer perfecta para él, la única. Se había convertido en su todo, y aunque sólo se conocían desde hacía pocos meses, él no estaba dispuesto a perderla.

Tenía que contarle sobre el asunto de ser un oso.

En ese momento se detuvo. Era una conversación imposible.

“Soy un hombre-oso” se imaginó diciéndole. “Puedo convertirme en un oso”.

Patricia se reiría y nunca le creería. ¿Tendría que transformarse para probarlo? ¿Quedaría aterrorizada y huiría? ¿Se desmayaría? No se la imaginaba desmayándose. Tal vez podría dispararle: parecía el tipo de chica de campo que sabía usar un arma.

Nunca antes se lo había contado a nadie, ni siquiera a la madre de Clara. Sintió cómo la culpa y la confusión lo paralizaban, y se levantó a agarrar una de las cajas de mudanza. Estaba repleta de fotografías de Ángela y Clara cuando era bebé. Todavía Lee no había logrado colgarlas: su excusa era la condición de construcción en que estaba la casa. Se repetía a sí mismo que le gustaba la apariencia cruda de las paredes sin adornar con el color gris de la alfombra.

La realidad era que no podía soportar tener a Ángela mirándolo desde las paredes.

Esta era una nueva casa, un nuevo comienzo. Quería que esta fuese su casa con Patricia, aunque no lo había sabido hasta conocerla. Pero ¿aquello no era injusto con el recuerdo de Ángela? ¿Estaría siendo cruel con Clara al excluir a su madre de las fotografías familiares de las paredes? Lo sentía como un terrible desprecio a sus breves años de matrimonio.

Incluso ahora, años después, no conseguía separar los recuerdos de alegría de los sentimientos de dolor y culpa.



## Capítulo Siete

Patricia se quedó sin aliento mientras caminaba por el vestidor vacío hasta el baño principal. A través del angosto pasillo entró a un oasis de mármol y cromo.

La puerta de la ducha era de cristal transparente y tenía dos cabezales de ducha de cada lado.

Al lado había una bañera de hidromasaje lo suficientemente grande para que cupieran varias personas a la vez. En la pared de enfrente había una repisa con dos lavabos y el inodoro estaba escondido en un rincón discreto.

Las enormes ventanas daban a un paisaje invernal de árboles cubiertos de nieve.

Patricia abrió la llave del agua y observó cómo se empañaba la ventana.

Era una vista encantadora, mágica, tal como hacer el amor con Lee.

También igual de efímero.

Patricia se bañaría, volvería a ponerse su ropa, iría a casa y ambos fingirían que no había pasado nada.

Eso en el mejor de los casos.

Se bañó rápido, aunque quería disfrutar un poco más del calor placentero de la amplia ducha.

Aparentemente, Lee tenía un sólo producto que servía de champú y para lavarse el cuerpo, pero a Patricia no le pesaba tener que cubrirse en espuma con ese masculino aroma.

Se vistió tan rápido como se había bañado pero prefirió quedarse descalza a ponerse las medias sobre los pies mojados. Estaba secándose el cabello con una toalla gigante (no había señales de un secador de cabello y no estaba dispuesta a revisar los cajones) mientras que caminaba de regreso a la habitación. Tuvo que detenerse en el umbral, con la respiración atascada en la garganta.

Lee estaba sentado en el borde de la cama con la mirada perdida, sus grandes hombros caídos. Tenía un portarretrato en las manos.

Patricia no podía ver claramente la fotografía, pero podía adivinar de quién era: la madre de Clara. ¿Sería que ella había sido la primera desde que...?

La escena parecía dolorosamente íntima, y Patricia luchó contra el impulso de consolarlo. Tenía la certeza de que no podía hacerlo, sencillamente porque

Patricia no era parte de la esfera íntima de Lee.

Se dio cuenta de que quería serlo, profundamente.

No era sólo que sentía una irresistible atracción hacia él; lo habría admirado igual con la mitad del atractivo físico sólo por la manera en que trataba a Clara, y cada vez que hablaban encontraba algo más que le gustaba. Quería estar con él como nunca había querido estar con nadie, de una forma de la que se había creído incapaz. Sus amigos hablaban sobre el amor verdadero y sentar cabeza, pero ella nunca había tenido interés, hasta que había conocido a Lee. Ahora, de pronto, no podía pensar en nada más.

Se mordió el labio inferior y empezó a retroceder lentamente. Si no podía ser su todo, podía ser lo mejor posible para él y eso incluía dejarlo mantener su dignidad. Empezó a tararear, y para cuando llegó de nuevo al umbral estaba silbando para que Lee tuviera la oportunidad de guardar el portarretrato y enderezarse.

—¡Qué buena ducha! —dijo, como si no hubiese visto nada—. Todo ese baño es una obra de arte. ¡Debiste gastarte una fortuna tan solo en esa pieza!

Él pareció incomodarse y Patricia no supo si fue porque lo había encontrado en un momento de vulnerabilidad, o porque ella había hablado de dinero otra vez, como una idiota.

Apretó los labios para detener el impulso de seguir parloteando como una tonta y se concentró en disfrutar la vista. No se le hizo muy difícil: él estaba recostado sin consciencia de su desnudez, y sus músculos eran adornos masculinos bajo su piel ligeramente bronceada. Estuvo tentada a arrancarse la ropa y zambullirse de nuevo en la cama.

—Yo debería... eh... —no desnudarme y tirarme de nuevo en la cama— debería irme, antes que la nieve empeore y se me haga más difícil llegar a casa.

Lee se había levantado y su físico era tan impresionante de pie como reclinado entre las sábanas.

—Me temo que ya es demasiado tarde —se disculpó mientras señalaba la ventana.

La nieve caía como una cortina gruesa, tanto que ni siquiera se veía la entrada de la casa. El auto de Patricia estaba ya cubierto completamente por una capa blanca.

—Dios... es tan bonito. Como un sueño.

Lee estaba parado detrás suyo con su aroma a sexo, bosque y naturaleza: era parte de todo aquel sueño increíble.



Él le puso las manos fuertes y sensuales en los hombros, y le dijo con una voz como de chocolate:

—Me parece que estás atrapada aquí por un rato más, al menos.

—¡Papá! ¡Papá!

Al escuchar la voz de Clara desde el final del pasillo, se apresuraron a separarse.

Lee se vistió tan rápido que Patricia aún estaba intentando decidir qué hacer con sus manos mientras él, ya vestido, se dirigía con paso firme a la puerta.

—¡La señorita Patricia me trajo a casa!

Clara exclamó entusiasmada cuando se encontraron en el pasillo, sus rizos rubios desordenados por la siesta.

—¡Y está cayendo nieve blanca! ¡Nunca había caído nieve blanca en casa! Patricia se echó a reír.

—¿No caía nieve blanca?

— Sólo gris ¡porque estaba todo sucio!

Clara estaba perpleja de encontrarse a su maestra en casa con el cabello húmedo de la ducha; le agarró la mano con decisión.

—¿Podemos comer un bocadillo y salir a jugar en la nieve blanca?

—Creo que esa es una excelente idea. Vamos a mostrarle la cocina a la señorita Patricia.



## Capítulo Ocho

Lee y Patricia bajaron hasta la planta baja con Clara entre los dos, hacia la extensa cocina.

Él no pudo evitar darse vuelta a mirar a Patricia, que sonreía mientras escuchaba parlotear a Clara.

Su alma gemela.

Sentía una profunda satisfacción sólo por tenerla cerca y saberla suya. Todas sus dudas y preocupaciones anteriores desaparecían en su presencia.

Patricia estaba casi (¡sólo casi!) tan impresionada con la cocina como lo había estado con el cuerpo de Lee. Clara le dio un tour detallado, abriendo todos los gabinetes a su alcance y señalando el resto.

—La licuadora está ahí. Pero no me dejan tocarla y es muy ruidosa. ¡Y esa es una batidora! Puedo jugar con las cosas de plástico que están aquí.

Patricia era una espectadora cautiva.

—¡Me encanta! ¡Qué plato tan lindo! ¡Estas toallas son muy suaves!

Se volteó y le dijo en un tono más serio a Lee:

—Esta cocina es el sueño de cualquier cocinero, señor Montgomery. Si hubiese diseñado mi cocina ideal sería tan perfecta como esta.

Patricia soltó gritito de emoción cuando vio la batidora profesional.

—Nunca la he usado, pero le pedí a nuestro cocinero que me hiciera una lista de todo lo que quería en la cocina —Lee le explicó medio disculpándose, mientras amontonaba unos platos sucios del almuerzo que aún no había lavado.

—Tu cocinero tiene un excelente gusto —dijo Patricia, con gusto.

—En todo menos en decidir quedarse en la ciudad —respondió Lee—. Supongo que en un par de semanas conseguiremos un ama de llaves, espero, —añadió con un poco de vergüenza, consciente de los platos sucios y las huellas de polvo que había dejado en el piso de la cocina.

Clara se preparó un plato con un montón de mantequilla de maní y una manzana, la cual Patricia cortó cuidadosamente mientras elogiaba la calidad del cuchillo de chef.

La niña se sentó en una silla acolchada de la mesa de la cocina.

—Tenemos un comedor —explicó—, pero aún estamos esperando que nos entreguen los muebles. Cuando Clara terminó de comer, compartiendo generosamente las últimas dos rodajas de manzana con Patricia y Lee, insistió en mostrarle a Patricia el resto de la casa.

Dieron toda la vuelta hasta regresar al comedor.

—Cuando tengamos mesa, comeremos aquí —explicó Clara tirándola de la mano hasta que Patricia cruzó el umbral.

Lee las siguió. —¡Esta es mi habitación favorita! Excepto mi habitación. Y la habitación de papá. Y la cocina.

—Entiendo muy bien por qué —dijo Patricia sin parecer condescendiente. Era un cuarto enorme y vacío con suelo de madera rústica. El único mueble era una barra empotrada y un banco acolchado que estaba ahí temporalmente. —Es un cuarto tan grande y encantador, ¡perfecto para bailar! Apuesto a que siempre bailas aquí.

Unos ojos grandes como platos la miraron, pestañeando.

—Yo no sé bailar.

—¿Que no sabes bailar?

Patricia parecía genuinamente alarmada con la idea.

—¿Cómo puedes no saber bailar?

—Nunca tuve clases.

Clara miró a Lee buscando apoyo La risa de Patricia era tranquilizadora.

—¡No necesitas clases, cariño! ¡Sólo baila desde adentro, todos nacemos sabiendo bailar! —

Le extendió la mano a Clara. —¡Baila conmigo!

Clara dudó, insegura.

—No hay música —dijo, pero parecía animada y llena de interés. Lee sintió una punzada de culpa. Tal vez debía haberle buscado clases de baile desde antes.

Patricia se sacó el teléfono del bolsillo, abrió la aplicación de música y lo puso en la barra. La música sonaba demasiado aguda, como si saliera de una radio vieja. Patricia le extendió la mano a Clara.

Esta vez, la niña tomó su mano y una pequeña sonrisa se le dibujó en la cara

—¿Papá también puede bailar?

—¡Claro que puede!

Patricia miró a Lee con picardía y le tendió la otra mano.

—No, yo no...

Pero Patricia ya le estaba arrastrando al centro de la sala de un tirón.

—No, de verdad que no sé...

—No es física cuántica —le respondió Patricia, riendo—, ¡sólo tienes que moverte con el ritmo!

Clara estaba dispuesta a hacer lo que su padre hiciese, así que Lee siguió a Patricia obedientemente, aunque sospechaba que ella estaba haciendo todo más ridículo de lo necesario.

Saltaron, se retorcieron y movieron las caderas, inseguros e incómodos al principio y luego sueltos y emocionados de igualarle el paso a Patricia, que los guiaba y animaba.

Hicieron los pasos de baile más tontos, como el twist y el moonwalk, y Patricia le mostró a Clara un par de movimientos básicos de ballet al ritmo de una versión pop del Cascanueces.

El teléfono pasó a una balada y Patricia le mostró a Clara cómo bailar vals con los piecitos desnudos encima de los suyos.

Encantada, Clara bailó de la misma forma con Lee por toda la habitación y luego se lo entregó a Patricia con una mirada de ilusión.

Lee le tomó una mano y puso la otra en la cintura de Patricia, sintiéndose intimidado de repente.

—De verdad no bailo nada —protestó, a pesar de las divertidas muestras que había dado hace sólo un momento.

—Sobre mis pies no, por favor —se burló Patricia. Tenía las mejillas radiantes por el esfuerzo y el cabello se le estaba secando en forma de ondas suaves y doradas que le enmarcaban la cara.

Patricia lo guió con paciencia, elogiando su ritmo y corrigiendo su postura. Lee se tropezó con sus pies varias veces pero ella sólo tenía sonrisas para sus disculpas.

Fue haciéndose más osado a medida que continuaba el baile, acercándola más y dominando el ritmo con mayor facilidad.

Su aroma y la calidez de tenerla cerca lo llenaba de satisfacción y alegría.

Podía haber tenido a Patricia cerca por mucho más tiempo, pero Clara quería otro turno para balancearse encima de sus pies. Lee danzó cuidadosamente con la pequeña por toda la habitación, sintiendo más confianza con cada nueva canción.

Finalmente, Lee y Patricia cayeron agotados en el banco al lado de la pared. La intimidad y energía del baile hizo que resultara natural quedar sentados cerca, y él colocó su mano encima de la de ella sin pensarlo. Clara continuó saltando y dando vueltas en un placer desorientado.

—¡Que no sabes bailar! —dijo Patricia perpleja— ¡Te sale natural!

—Quiero bailar para siempre —dijo Clara, rebotando de felicidad.

Lee no se dio cuenta que estaba frunciendo el ceño o que le estaba apretando la mano a Patricia hasta que percibió su mirada de asombro, pero no estaba preparado para explicarle el impacto de escucharla decir esas palabras.

—Es casi la hora de cenar —dijo Lee para desviar la atención.

—¿La señorita Patricia se puede quedar a cenar? —Clara preguntó, pausando su baile. Hablaba en tono de queja, preparándose para una discusión.

—Cariño, la señorita Patricia está atrapada aquí por el resto de la noche —le explicó Lee—, hay demasiada nieve afuera y no va a poder conducir hasta su casa.

Señaló a la ventana, donde la penumbra de la noche tenía un extraño brillo nevado.

Clara soltó un chillido de absoluto gozo, y se tiró encima de Patricia para abrazarla. Después se inclinó sobre ella hasta llegar a Lee para un abrazo extra.

—Puede quedarse en el cuarto de la tía Bella —sugirió, feliz, mientras permanecía tendida sobre los dos con la facilidad de su pequeña estatura.

—Sí, claro —respondieron a coro Lee y Patricia, apresurados.

Se miraron a los ojos y Lee sintió una sonrisa escapándosele de los labios. La sonrisa de Patricia era una promesa de lo venidero.

Lee nunca había estado tan agradecido por el clima.

—¿Me dejan cocinarles? —ofreció Patricia, desenredando sus dedos de los de Lee— Como agradecimiento por su... hospitalidad.

El rubor en sus mejillas era hermoso.



## Capítulo Nueve

Patricia no había exagerado cuando había alabado la cocina de Lee. Todo estaba cuidadosamente acomodado en amplios mostradores. Había un juego completo de cuchillos perfectamente afilados, fuera del alcance de cualquier niño, y podía elegir entre varias tablas de cortar hechas de madera.

Encontró una serie de exóticos condimentos y no le sorprendió descubrir que ninguno había sido abierto a excepción del ajo. La nevera reveló una botella grande de leche y gran cantidad de aderezos, pero sólo unos pocos alimentos perecederos. Había un par de envases de comida para llevar apilados en una esquina. Investigando la despensa descubrió una selección de vegetales enlatados, pastas y alimentos básicos. Por la perfecta organización de todo, Patricia sospechó que no los habían tocado.

Una fila desordenada de cajas de macarrones con queso sugería lo que solían comer. Tras pensar en diferentes combinaciones con los ingredientes, Patricia hizo una salsa para espagueti con una lata de tomates, salchichas congeladas y un triste pimentón olvidado en el cajón de las verduras. Mientras cocinaba, Clara bailaba a su alrededor, pidiéndole que la dejara ver y oler todo, mientras Lee la observaba desde la mesa con un nivel de atención algo inquietante pero de alguna manera reconfortante. Patricia hirvió los tallarines y tostó pan de ajo debajo del asador.

Lee puso la mesa con la ayuda de Clara y cuando Patricia colocó los platos frente a ellos, ambos expresaron placer y deleite. Se sentó en el tercer espacio de la mesa y alegremente compartieron la comida, juntos.

—No creía que hubiera algo... comestible que podía hacerse con esos ingredientes —confesó Lee, limpiando lo que quedaba de salsa en su plato—. No sé cómo agradecerte.

A Patricia le encantaba verlo tan relajado. No había rastro del ceño fruncido que parecía ser su expresión estándar al tratar con otras personas: ahora Lee era todo sonrisas cálidas y ojos azules emocionados.

—Tal vez mañana puedas hacerme tortitas —sugirió mientras le sonreía a Clara—. Me dijo un pajarito que te salen muy bien.

—Trato hecho —dijo Lee.

Hacer juntos la rutina de Clara antes de dormir les resultó de lo más natural.



La niña tenía su propio baño de sirena con una bañera en forma de concha marina justo de su tamaño. Después de un baño colmado de burbujas, se enrolló en una toalla e insistió en que la señorita Patricia la ayudara a meterse en su pijama de cuerpo completo.

—Ojalá yo tuviese una pijama así pero con dibujos de gatitos —le dijo Patricia con un toque de envidia inofensiva.

—¿Qué usas para dormir? —preguntó Clara con inocencia.

Patricia tuvo que morderse el labio e intencionalmente no mirar a Lee al responder. No era momento para admitir que le gustaba dormir desnuda.

Lee no fue de mucha ayuda.

—Buena pregunta, cariño —dijo con cara seria, pero se podía ver la picardía bailándole en los ojos.

—¿Qué usa para dormir, señorita Patricia?

Patricia comenzaba a sospechar que ese ceño de Lee escondía pura malicia. Bueno, ella también sabía jugar ese juego.

—No uso pijama —admitió, mirándolo a la cara con absoluto descaro—. Decidí que si no podía usar una pijama de gatitos, ¿por qué me molestaría en usar otra cosa?

Clara parecía extrañada con la idea, pero Patricia se regocijó viendo cómo se enrojecían las orejas de Lee.

Fue Lee quien arropó a Clara y Patricia se retiró al pasillo para dejarlos leer juntos su libro favorito y compartir una conversación en voz baja antes de que Lee la cubriera con la manta hasta la barbilla, la besara en la frente y prendiera la luz nocturna.

Cerró la puerta con cuidado y el corazón de Patricia se derritió al ver la expresión de ternura que tenía en la cara. Amaba a esa niña más que a nada.

El semblante no le cambió cuando se encontró con los ojos de Patricia y le mantuvo la mirada mientras el ambiente se iba volviendo más tenso.

Patricia se sonrojó.

—Esto me resulta... familiar. ¿No pasamos por aquí esta tarde?

—Espero que lo hagamos muchas veces más —respondió él con voz ronca. Luego la tomó en brazos y la besó.

El corazón de Patricia saltó con la idea: ¡quería seguir viéndola! Esto no había sido una aventura de día de nieve, tal vez era algo más... Se obligó a pararse en seco antes de que la fantasía fuera demasiado lejos. Sólo porque él quisiera continuar la relación no significaba que quería algo más allá de la simple satisfacción física. Probablemente ella era sólo le era... conveniente.

—Creo que tú también deberías ponerte lo que usas para dormir —le dijo Lee mientras le besaba el cuello. Patricia dejó de pensar en temas incómodos de relaciones y lo dejó guiarla por el corredor hasta la habitación.

—¿No voy a dormir en el cuarto de la tía Bella? —preguntó, traviesa, deteniéndose en la puerta.

Lee retrocedió y frunció el ceño en una forma que ya le era familiar.

—¿Quieres dormir en el cuarto de Bella?

Patricia lo abrazó por el cuello.

—Para nada —respondió, riéndose.

Para su asombro, Lee la cargó sin hacer el mínimo esfuerzo y la llevó hasta la cama, cerrando la puerta con el pie.

La desvistió con eficiencia, pausando con cada cosa que le quitaba.

—¿Es esto lo que te pones para dormir? —preguntaba.

Patricia simulaba que consideraba la respuesta.

—Un poco menos —decía para alentarlo a que siguiera adelante.

Lee la besaba en el lugar que tuviese más cerca y procedía a quitarle otra capa de ropa.

Patricia no sabía si agradecerle al invierno por hacerla ponerse tantas capas de ropa, o si lo detestaba por la misma razón.

Para cuando Lee llegó a su ropa interior, Patricia temblaba de anticipación y deseo. Lee le metió un dedo bajo el elástico.

—¿Es esto lo que te pones para dormir? —preguntó, con los labios cerca de su vientre.

—Un poco menos —jadeó Patricia.

Lee le sacó la ropa interior blanca. Patricia estaba demasiado distraída como para desear haberse vestido con más cuidado esa mañana. Además, ¿cómo podría haber anticipado este tipo de día de nevada? Lee besó su monte, y su lengua se abrió paso dentro, haciéndola arquearse en una agonía de deseo y desesperación.

—Ay, Lee —gimió. Le encantaba el sabor de su nombre casi tanto como la sensación de tener su lengua dentro, provocándola.

Con lamidas sutiles, Lee la llevó a un largo y delicioso orgasmo. Cuando Patricia recuperó la entereza, levantó el torso apoyándose en los codos y preguntó:

—¿Y en qué planea dormir usted, señor Montgomery?

Lee se sacó la camisa con un movimiento ágil.

—Me gusta tu elección de ropa para dormir —respondió con una sonrisa sexy.

Patricia lo ayudó a quitarse los pantalones y liberó la erección que se moría por volver a ver. Lo agarró envolviéndolo con los dedos y se deleitó en el jadeo involuntario que provocó en Lee. Patricia lo acarició con delicadeza, explorándolo con la yema de los dedos. Estaba atenta a qué movimientos causaban que él apretara la mandíbula, probando cuánto podía aguantar Lee.

Por fin, Lee soltó un gruñido y la recostó en la cama, firme pero delicadamente.

Patricia levantó las caderas como invitación y se deslizó dentro de ella, donde su cuerpo lo esperaba, llenándola lenta e irresistiblemente hasta que la hizo gemir y clavar las uñas en el cobertor, ahogándose en la agonía del placer.

Lee la llevó a otro orgasmo y luego bajó el ritmo mientras las ondas de placer se atenuaban, penetrándola con delicadeza y sonriendo satisfecho mientras Patricia se recuperaba. Ella no pudo evitar reírse de su expresión. Luego tiró de él hacia abajo y cuando lo tuvo de costado se le subió encima para tomar el control. Con la fuerza que tenía Lee, era obvio que tenía que dejarla tomar el control, y ella se sentía al mismo tiempo encantada y desafiada.

Se le sentó encima con autoridad, montándolo con entusiasmo pero cuidándose de no permitirle llegar muy cerca del clímax.

Lee la agarró por la cintura, acariciándole los pechos libres e incluso se levantó un poco para sostener su rostro mientras latían juntos como un solo corazón. Patricia enseguida se olvidó de su plan inicial de hacerlo esperar, perdiéndose en las llamas de la pasión hasta tener otro orgasmo. Con esto Lee apuró el ritmo y llegó a la cima del placer, dejando que su cálido simiente hiciera erupción dentro de ella.

Se acostaron uno al lado del otro, intentando recuperar el aliento y el equilibrio por un momento largo y delicioso.

Lee siguió acariciándola, llevando el acto de hacer el amor a una hermosa etapa final que Patricia desconocía.

—Háblame de ti —le pidió Lee, peinándole el cabello—. Quiero saberlo todo.

Patricia se despabiló, mirándolo sorprendida. Este no era el tipo de intimidad que esperaba, ni el tipo de franqueza que venía incluida en el sexo casual.

Desechó la idea de que tal vez él pudiese estar pensando en algo más que sexo casual. Eso sería ridículo.

—Crecí en Green Valley —dijo finalmente—. Una chica de campo a fondo. Me mudé a la ciudad para ir a la universidad, tomé clases de baile, obtuve un título en educación y tuve que regresarme corriendo.

—¿Tomaste clases de baile?

No estaba segura de cómo tomar el tono de sorpresa en su voz.

—Ya sé que no se hizo evidente en nuestro baile de esta noche —respondió con una risa avergonzada, eligiendo la vía del humor en vez de sentirse ofendida, aunque pensó que no sería difícil tomar sus palabras de otra manera—. No tengo la figura de una bailarina, por supuesto, pero amo el arte.

Lee estaba callado, por lo que Patricia tuvo que llenar el silencio con algo o arriesgarse a pensar demasiado acerca de lo que no podría ser.

—Empecé el preescolar Manos y Corazones después de pasar algunos años dando clases en escuela intermedia. Claro, no es un negocio muy rentable, sólo tengo ocho estudiantes fijos este año, y son dos más de los que tenía el año pasado. No da para mucho más que pagar el salario de Andrea y el alquiler del salón, por eso también trabajo de camarera a medio tiempo. Ganaría más dinero en Hardy's, pero las faldas que hacen usar al personal no me parecen compatibles con una maestra de preescolar, por eso sigo trabajando en el café.

Se dio cuenta que estaba parloteando sobre dinero otra vez. Antes de que pudiera detenerse le preguntó:

—¿Y tú? No eres solo un obrero en la empresa de construcción McDonald.



## Capítulo Diez

Lee trató de no avergonzarse. Había estado esperando esta pregunta y no sabía cómo manejarla. El dinero era uno de esos temas complicados que parecían incomodarla y aunque sabía que ella no tenía mucho, estaba seguro de que el dinero que se había ganado sola era motivo de orgullo.

—No —admitió.

—Entonces... ¿eres el dueño?

—No, soy el dueño de la empresa que es dueña de la constructora.

Patricia se detuvo a pensar.

—Es un conglomerado, ¿cierto? ¿DCL? ¿DML?

—Constructora DLC. Y no, la verdad es que soy dueño de la empresa que es dueña de esa. También de una fábrica en Milwaukee y de una pequeña firma de asesoría financiera en Duluth.

—Oh — dijo Patricia, secamente. —Ah, pero sólo es una pequeña firma.

Lee se acomodó en la cama, disfrutando del roce de la piel desnuda de Patricia contra la suya.

—Bueno, supongo que podría considerarse una mediana empresa. Tal vez grande dentro del mercado de Duluth.

Patricia enterró la cara en la almohada y Lee se asustó cuando la vio que empezaba a temblar. ¿Estaba enojada?

Le puso la mano en el hombro y en ese momento Patricia levantó la cara para soltar una carcajada.

Perplejo, la observó reírse a sus anchas hasta que le salieron lágrimas de los ojos

—No tenía idea de que las firmas financieras fuesen tan entretenidas —dijo sorprendido, sabía que estaba frunciendo el ceño.

—¡No lo son! —dijo Patricia mientras se limpiaba las lágrimas de risa.

La combinación de sexo y risa le daba un brillo especial a su rostro.

—Es sólo que... yo...

Tuvo que ahogar su ataque de risa en la almohada otra vez, mientras Lee le acariciaba la cabeza sin entender nada. Tampoco es que lamentase una excusa para seguir acariciándola.

Al final se contagió de su risa, aunque no estaba seguro de entender el chiste.

Patricia por fin logró controlar su respiración y con ojos brillantes le explicó:

—¡Te traje información para una beca escolar!

Ahora sí que estaba confundido.

—¿Información para una beca escolar?

¿Quería que él patrocinara una beca escolar?

—Bueno —explicó Patricia, ahora visiblemente avergonzada—. Manejas esa camioneta toda chocada y Clara cargaba un pantalón corto sin botas... pensé que tal vez tenías dificultades para pagar las cuentas.

Lee trató de recordar el primer día de escuela de Clara. La niña había elegido qué ropa ponerse y no había habido manera de hacerla cambiar de opinión. A Lee no se le había ocurrido que ese conjunto era su favorito desde hacía tiempo, que Clara había crecido y que aunque estaba limpio y no había sido particularmente barato, ya empezaba a tener aspecto desgastado.

—Dejo que Clara elija su propia ropa —explicó, en un tono más defensivo de lo que realmente quería transmitir.

—Eso está bien —respondió Patricia, apresurada—. ¡La mayoría de los niños tiene su ropa favorita! Es que... tú no pareces un millonario.

Continuó apoyada en el codo y lo miró seria, aunque sus ojos aun brillaban.

—Y tampoco das propina como un millonario... el 15%, ¿es en serio?

Lee puso sus manos detrás de su cabeza, inhaló con altanería y le siguió la corriente.

—No soy millonario, soy multimillonario. Y debería haberte dado propina del 10%. Tuvimos que esperar unos cinco minutos para que nos trajeras otra vez la leche que derramamos.

—Tienes suerte de que no haya derramado el segundo vaso en tu regazo —replicó Patricia, también con altanería.

—Si lo hubieras hecho, podrías haberlo lamido —sugirió Lee— Así hubieras recibido una mejor propina.

Patricia soltó una risita y se sentó para poder golpearlo con la almohada.

—¡Que mente sucia!

A Lee le bastó con el almohadonazo para incorporarse y forcejear con ella entre besos y caricias hasta que la tuvo extendida una vez más sobre la cama. Patricia le devolvió el beso con la pasión inextinguible en su boca y en sus manos, hasta que tuvo que separarse nuevamente cuando no pudo evitar empezar a reírse otra vez.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Lee, besándole la oreja.

—¡Harriette Ambler!

Lee se apartó, perplejo.

—¿Qué pasa con ella?

—Se cree una magnate —explicó Patricia —Trabaja en el sector inmobiliario y quedará devastada al darse cuenta de que es muy pobre en comparación contigo.

Lee se estremeció.

—Es esa mujer horrible con el Chrysler morado brillante y los zapatos ridículos.

—Esa misma. Espero que decida que ser la segunda mejor en una ciudad pequeña es insoportable y que se vaya antes de que haga más daño aquí.

—¿Daño? ¿Más que causar ceguera con ese auto?

La alegría de Patricia se apagó súbitamente: todo en ella era tan irreprimiblemente expresivo que Lee prácticamente podía leer su estado de ánimo en los poros de su piel.

—Mencioné que estaba en buenas raíces —explicó con tristeza —. Se especializa en vender propiedades históricas a los inversores. Quiere convertir a Green Valley una ciudad dormitorio para Milwaukee. Se habla de que está comprando la antigua granja de Gertie para poner un almacén mayorista por membresía y también está tratando de comprar la escuela que alquilo.

—Soy promotor inmobiliario —le recordó Lee, impulsado a la honestidad por la angustia transparente de Patricia —, pero convertir a Green Valley en cúmulo de apartamentos baratos y almacenes es una idea terrible.

No tuvo que exagerar su reacción.

Patricia inclinó la cabeza y lo miró pensativa.

—No le pasaste una apisonadora a esta casa vieja para construir algo nuevo y perfecto.

—Me encantan los edificios antiguos —explicó Lee —. Y me mudé aquí para que Clara creciera en un pueblo pequeño, no en un suburbio de la ciudad. Quiero construirle una casa en un árbol y dejarla correr libre en el bosque cuando crezca.

Aquello sería más importante aun si Clara era una cambiaformas como él.

—Espero que Green Valley siga siendo esa ciudad pequeña y tranquila cuando ella sea mayor —dijo Patricia, recostándose en las almohadas.



—Podría asegurarme de que así sea —Lee declaró impulsivamente—. Puedo evitar que los inversores compren más aquí y detener la construcción de todo lo que está en progreso.

»Hay algunos proyectos de restauración en un pueblo cercano que quizá necesiten los recursos de la compañía con más urgencia. Si no son míos, conozco personas que pueden hacer que se muden. Conozco a los dueños de dos de los principales almacenes de membresía y podría convencerlos de buscar expansiones en otra parte.

Patricia se incorporó. Le bailaban los ojos y una nueva sonrisa llena de esperanza se dibujó en sus labios.

—¿Puedes hacer eso?

Lee le ofreció una sonrisa indiferente que había perfeccionado.

—Está hecho.

—Nunca pensé que encontraría sexy ese tipo de poder —dijo Patricia, con una nueva risa en su voz.

—Pero... —Lee la provocó.

Patricia rodó sobre sus manos y rodillas y gruñó juguetonamente a través de su cabello suelto:

—Es lo más sexy que he escuchado en mi vida —  
rugió.

El gruñido y su mirada seductora hicieron que su oso saliera a la superficie y Lee respondió inmediatamente con otro rugido sin poder contenerse. En todo caso, parecía excitada por su respuesta y le enseñó los dientes sugestivamente. Lee ya no podía contenerse y extendió la mano para acercarla a su cuerpo.



## Capítulo Once

Patricia se dejó caer en los brazos de Lee con deleite, saboreando la fuerza de sus hombros y brazos. Lee la levantó para acomodarla sobre él con facilidad y Patricia ya podía sentirlo endureciéndose de nuevo. Su miembro grueso y duro rozaba el interior de sus muslos mientras Patricia juguetonamente le mordisqueaba el cuello y las orejas.

Lee le rugió en respuesta y la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo hasta que su miembro encontró su abertura. Sin embargo, antes de penetrarla, la giró hasta quedar sobre ella. Le besó el cuello y la mandíbula, siempre manteniéndose tentadoramente fuera de su alcance y mordiéndole la clavícula mientras la acariciaba con una intensidad que revelaba que apenas era capaz de controlarse.

Patricia gimió y se sorprendió a sí misma arañándole desesperadamente los hombros; la intensidad de su propio deseo no la dejaba pensar. Se retorció, alzando sus caderas hacia Lee y él la provocó aún más, presionando sus labios húmedos y expectantes pero sin entrar.

—Por favor... —escuchó Patricia y se dio cuenta de que era su propia voz, áspera y necesitada.

Cuando Lee finalmente la tomó, llenándola deliciosamente, Patricia tuvo que morderse el labio para no gritar rendida. La sangre en su lengua sabía a hierro.

Ahora Lee le quitaba el sabor a besos, su lengua enredándose con la suya mientras la llenaba y se retiraba, embestida tras embestida. Los orgasmos de Patricia eran una vertiginosa cascada de placer.

Lee se detuvo y se retiró abruptamente, respirando con dificultad y arañando las sábanas. Patricia lo tranquilizó, le acarició los costados y le besó la cara mientras él recuperaba el control de sí mismo. Impulsivamente, Patricia lo empujó y se montó sobre él, precariamente cerca del borde de la cama. Soltó un grito de sorpresa cuando Lee lo hizo dar otro giro más, tomándola y volteándola para ponerla de rodillas sobre la mullida alfombra a los pies de la cama. Estaba apoyada sobre la cama y él estaba arrodillado detrás, presionando sus labios inferiores. Contra todo pronóstico, Patricia aun ardía de deseo por Lee, incluso mareada tras los múltiples orgasmos.

Lee presionó su miembro contra su húmeda entrada con un leve gemido de pasión y empezaron a moverse juntos como si fueran uno, saboreando la nueva

posición de posesión y liberación.

Finalmente Lee acabó, justo cuando Patricia descubría nuevas alturas de éxtasis, y acabaron arrastrados tanto ellos como las sábanas al suelo junto a la cama.

Tras un largo momento de tensión, simplemente se desplomaron allí junto a la cama, enredados en sábanas, sudor y los dulces fluidos de su pasión. Se acariciaron suavemente; Patricia no se cansaba de las colinas y valles de sus músculos, incluso estando tan saciada como estaba.

—Y tú te crees que no eres bailarina —le dijo Lee al oído. Había algo que Patricia no podía identificar en su voz.

Patricia rió lánguidamente y respondió:

—Dije que todos son bailarines de corazón, especialmente con la música correcta.

En ese momento, la música era el latido de su corazón, martillando cerca de su oreja y traqueteando a través de su propio cuerpo porque estaban entrelazados. Lee la apretó aún más hasta dejarla sin aliento, luego la desenredó suavemente de las sábanas y la ayudó a levantarse.

Patricia se levantó en sus brazos y lo besó, sintiéndose elegante y líquida.

—Noté que tu ducha tiene dos cabezales... —sugirió.

No quería dejar de tocarlo y no lo hizo durante todo el tiempo que estuvieron en la vaporosa ducha. Se enjabonaron, se enjuagaron mutuamente y se secaron cuidadosamente. Luego cayeron desnudos en la cama, donde se acurrucaron para dormir por unas preciosas horas.



LEE SE DESPERTÓ CON su amor en brazos. Su oso estaba tan contento como él por primera vez en mucho tiempo y aún se sentía deliciosamente saciado después de la movida noche anterior.

Patricia se movió y murmuró con la cara enterrada en la almohada.

—¿Mmm? —Lee le preguntó, acunándola cerca.

—Tortitas —repitió Patricia—. ¡Me prometiste tortitas y me muero de hambre!

Ahora que Patricia lo había mencionado, se dio cuenta de que él también tenía hambre y era posiblemente lo único que podría haberlo sacado de la cama. La soltó a regañadientes y salió de la cama.

La luz del sol se filtraba a través del espacio entre las cortinas y Patricia puso una almohada sobre su cabeza cuando las abrió para mirar. Había parado de nevar durante la noche y el mundo entero parecía cubierto de serenidad blanca y suave.

—Debe haber caído casi un metro de nieve —dijo Lee asombrado.

—¡Tortitas! —Patricia le recordó desde debajo de su almohada. Probablemente estaba acostumbrada a la nieve.

Si la nieve no la impresionó, las tortitas sí.

Lee no hizo el ridículo: mezcló los ingredientes y cocinó cada tortita en la sartén hasta que quedaron perfectamente doradas.

Patricia, vestida con sus propios vaqueros y con una camisa de Lee amarrada a la cintura, expresó repetidamente su deleite y comió vorazmente una pila de tortitas llena de jarabe.

—Te dije que eran buenas —le dijo Clara con aire de suficiencia.

A pesar de ello, tuvieron que convencerla varias veces para que volviera a su silla a comer; estaba más cautivada por el paisaje nevado al otro lado de la ventana y la idea de jugar afuera.

Apenas habían dejado sus tenedores cuando ya Clara los estaba arrastrando a la puerta para salir. Ni siquiera estaba interesada en hacer las burbujas para lavar los platos.

Cuando la puerta finalmente se cerró tras ellos, Clara no estaba segura de qué hacer. Se quedó en el porche con su traje de nieve arrugado, deslumbrada ante el panorama brillante.

—¡Vamos a hacer un muñeco de nieve! —Patricia sugirió de inmediato y se metió sin miedo en la nieve.

Clara tomó la mano enguantada de Lee y la siguió, forcejeando en la alta nieve. La niña ayudó a enrollar la base del muñeco de nieve y le dio palmaditas para darle forma. De a poco empezó a indicarles qué hacer, mientras el muñeco de nieve crecía y quedaba fuera de su alcance.

—¡La cabeza está torcida! —señaló Clara, cuando la colocaron en su sitio.

Patricia se esforzó por arreglarlo mientras Lee regresaba a la casa para buscar una bufanda y un sombrero.

—¡Necesitamos una zanahoria para la nariz! —Clara lo llamó, imperiosamente.

»¡Y carbón para los ojos!

—¡No creo que tengamos! —Lee le advirtió desde el porche, pero entró animosamente a buscarlos.

Las zanahorias congeladas en cubitos de un paquete de verduras mixtas no iban a satisfacer las demandas de Clara, por lo que Lee trajo un pedazo de madera para la nariz y dos arandelas de su banco de trabajo para los ojos. Tomó una bufanda del armario de Clara y una de sus propias gorras de béisbol al no encontrar un gorro de lana.

Cuando regresó, Clara y Patricia estaban apartándose del muñeco de nieve, observándolo críticamente. Clara consideró las ofrendas de Lee con cuidado y decidió que eran aceptables.

El muñeco de nieve todavía estaba torcido, pero Clara sonrió complacida y le dio su aprobación.

—¡Me gusta la nieve! —le dijo a Lee, muy seria— ¡Quiero que nieve siempre!

—Algún día voy a recordarte que dijiste eso y lo negarás —predijo Lee.

Patricia rió, por supuesto, y arrastró a Clara a hacer ángeles de nieve. El sonido de sus risas entremezclándose le era increíblemente familiar, como si Lee hubiera estado esperando toda su vida para escucharlo.



## Capítulo Doce

Patricia alzó la vista hacia el cielo, moviendo los brazos para hacer las alas de ángel en la mullida de nieve.

—¿Así? —preguntó Clara.

Patricia tuvo que esforzarse para incorporarse en la nieve suelta.

—¡Lo haces perfecto, cariño! ¡Quedó hermosa!

—¿Cómo me levaaanto? —Clara se quejó, riendo y retorciéndose.

Patricia se rió y fue a ayudarla a levantarse, luego la arrojó en otro banco de nieve mientras Clara chillaba de risa. Acto seguido, Patricia se arrojó detrás de ella. Reían y nadaban juntas en la nieve hasta que Patricia le hizo cosquillas y la abrazó.

Permanecieron acurrucadas juntas durante un largo momento luego de que su risa se hubiese agotado.

—¿Crees que mi mamá ahora es un ángel? —Clara preguntó, inesperadamente.

—Apuesto a que sí —dijo Patricia, cuidadosamente, sentándose con ella—. El ángel más hermoso de todos.

—Era hermosa —estuvo de acuerdo Clara—. He visto fotos.

Patricia miró a Lee, fuera del alcance del oído: estaba limpiando su auto y quitando la nieve con una pala.

—¿No la recuerdas?

—Mamá murió cuando yo era bebé —dijo Clara gravemente—. Estuvo enferma por mucho tiempo y no pudieron ayudarla.

Patricia la abrazó con fuerza.

—Estoy segura de que te amaba mucho y estaba muy triste de tener que irse.

—Papá también estaba muy triste —observó Clara y Patricia no supo qué responder.

Se quedaron sentadas juntas en la nieve durante un rato, mirando a Lee. A lo lejos se oían grandes máquinas en la carretera.

—¿Qué es eso? —preguntó Clara.

"El sonido del final de mi fantasía invernal", pensó Patricia.

—¡Son los quitanieves! ¡Están limpiando toda la nieve de las carreteras para que sea seguro conducir.



La temperatura ya estaba por encima de los 0 grados y la nieve estaba ablandándose al calentándose. Perfecta para...

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —dijo en voz baja, cerca de la oreja de Clara.

La niña se quedó quieta, presintiendo un secreto.

—¿Qué?

Patricia hizo una bola de nieve en sus manos enguantadas y miró sugestivamente a Lee, quien estaba de espaldas a ellas.

—¡Oh! —Clara dijo en voz alta, luego se llevó un guante a la boca. Asintió con ojos brillantes.

Juntas hicieron un pequeño arsenal de bolas de nieve que colocaron en el sombrero de Patricia. Si Lee notó sus preparativos, fingió demencia, por lo que cuando organizaron su ataque con un grito de guerra y una ráfaga de bolas de nieve mal dirigidas, lo tomaron completamente por sorpresa y retrocedió tambaleándose bajo el asalto.

Patricia logró atinar algunas bolas y algunas de las de Clara aterrizaron lo suficientemente cerca como para salpicarlo mientras se deshacían.

—¡Estoy siendo atacado! —gritó jovialmente, fingiendo estar mortalmente herido.

»¡Yetis del norte con sus bolas de nieve mortales!

Sin amedrentarse, recogió una ronda de bolas de nieve, dándole a Clara en los hombros sin mucha fuerza pero con mayor precisión. La niña se rió y corrió a esconderse detrás del auto. Patricia esquivó una que le habría golpeado la cara y devolvió otra directa al pecho de Lee que se deshizo en una explosión de polvo.

Mientras se escondía detrás del automóvil con Clara, Lee gritó:

—¡Atácala, Clara! — e inesperadamente la traidora le lanzó una lluvia de diminutas bolas de nieve a Patricia.

—¿De qué lado estás? —preguntó, volteándose para encontrarse arrinconada por Lee.

No pudo evitar reírse, deliciosamente asustada mientras él se le venía encima, tomándola en sus brazos y arrojándola a un banco de nieve sin esfuerzo.

—¡No me rendiré fácilmente! —protestó, arrojándole una bola de nieve directamente a la cara, riéndose y forcejeando.

Clara bailaba a sus pies.

—¡A mí, papá! ¡Lánzame a mí!

Lee obedeció, luego les dio una mano a cada una mientras el sonido de la rugiente maquinaria en la distancia se hacía más fuerte. Un camión con arado que llevaba el logo de su empresa apareció en el camino de entrada, quitando una modesta pared de nieve. Clara los agarró a ambos por la mano mientras Patricia trataba de alisarse la chaqueta, intentando disimular que se había estado revolcando por la nieve de forma muy poco profesional.

—¿Te tienes que ir ya? —preguntó Clara, apartándolos cuidadosamente del camión.

Patricia se encontró con los ojos de Lee brevemente y tuvo que apartar la mirada.

—Sí, cariño —dijo, tratando de ocultar su tristeza. —Ahora que el camino está despejado, es hora de que vaya a mi casa.

Clara soltó la mano de Lee para echar los brazos alrededor de las rodillas de Patricia.

—Espero que vuelvas pronto —dijo con tristeza.

—Yo también —dijo Lee, inesperadamente y Patricia lo miró con sorpresa y repentina alegría.

—Bueno —dijo, sonriendo lentamente—, tendré que devolverte la camisa.



## Capítulo Trece

Patricia puso los bloques de juguete de vuelta en la cesta grande, disfrutando de la ruidosa percusión sobre el sonido de la radio. Por una vez, la música era para adultos. Andrea y ella estaban limpiando la sala y alistándola para el día siguiente.

—Estoy tan contenta de que hayas seguido mi consejo —dijo Andrea con aire de suficiencia, arrojando otro bloque desde detrás de las mesas de artesanía donde estaba barriendo.

—¿Qué consejo? —Patricia se hizo la tonta.

—El consejo sobre el bellissimo padre de Clara —dijo Andrea, sin dejarse engañar.

»¡Mírate! ¡No has estado tan feliz y relajada desde que abriste este circo!

Otro bloque voló tras el primero y cayó en el contenedor.

—Probablemente no debería —confesó Patricia, sonriendo tontamente y sin negar nada—. No es muy profesional de mi parte...

Andrea bufó, incrédula.

—No es como si fueras la maestra de él —dijo despectivamente—. Y tampoco lo estás persiguiendo como la mitad del pueblo.

Patricia se descubrió abrazando al osito de peluche que acababa de recoger. Lo puso de nuevo en el banco con los demás antes de que rendirse a la tentación de ponerse a bailar con él.

—No, pero...

—¡Sin peros! —dijo Andrea, arrojando otro bloque desde el otro lado de la habitación. Falló y rebotó, cayendo al suelo. —Te mereces un poco de felicidad —siguió Andrea, enfáticamente.

—Bueno, no digas nada —dijo Patricia— Estoy segura de que todo terminará con el semestre y lo último que quiero es darles más chismes a esas arpías.

—Demasiado tarde —dijo Andrea sin compasión—. La señora Harrison te vio salir de su casa la semana pasada y se lo contó a su peluquera, que se lo dijo a Sabrina. Ya lo sabe todo el mundo.

»Deberías haber visto el odio con que te miraba Harriette cuando se llevó a Trevor.

—Uy —gimió Patricia—. Esperaba no llamarle su atención.

—Harriette debe estar de un humor de perros y con ganas de pelear. Sabrina dice que sus negocios inmobiliarios se están cayendo vertiginosamente y ha perdido un montón de dinero porque Gertie no va a vender.

¿Y qué has descubierto sobre la madre de Clara? —Andrea arrojó su pala en la basura y se inclinó hacia Patricia con aire conspiratorio.

Si bien la idea de los celos de Harriette la había dejado indiferente, la mención de la esposa muerta de Lee le dio un pinchazo en el pecho.

—Murió cuando Clara era bebé y estaba enferma. Es todo lo que sé.

Era una mentira de omisión. También sabía que Lee aún la amaba.

—¿No has descubierto nada más que eso en casi un mes? —Andrea se quejó en tono burlón, era obvio que las habilidades investigativas de Patricia dejaban mucho que desear.

—Lee realmente no quiere hablar de ella y no es fácil sacarle el tema. Y no es que estemos hablando mucho...

Andrea soltó una risita ante eso y luego sugirió:

—¿Y Clara? ¿No sabe nada de su madre?

—¿En serio sugieres que interrogue a una niña de cuatro años?

Los ojos verdes de Andrea brillaban con malicia.

—¿Y para qué ser un maestra de preescolar si no? Los pequeños diablitos son perfectos para sacarles los mejores chismes. Basta ofrecerles una galleta y te cuentan todos los secretos sucios.

Patricia aseguró la tapa en el último contenedor de juguetes y lo puso en su lugar.

—Eres increíble, Andrea —dijo, con una risa incrédula.

—Bueno, nada —dijo Andrea, dejando la escoba a su lugar y dándole al interruptor de las luces del techo—. Entonces tendré que hacer mi propia investigación.

—Diviértete, Sherlock —replicó Patricia—. ¡Pero no me metas a mí en líos por tu sórdida curiosidad!

Apagó las últimas luces y cerró la puerta detrás de ella. Tenía curiosidad, sí, pero sabiendo que Lee aún la amaba, el fantasma de Ángela era demasiado doloroso para enfrentarlo.



PATRICIA HABÍA OLVIDADO la amenaza de Andrea de investigar, por lo que se sorprendió cuando su amiga le puso dos páginas impresas en las manos durante un momento de calma en el preescolar. Al principio, no entendió lo que veía.

El primer papel era un volante de un prestigioso ballet, con una figura delgada de blanco parada en punta de pie. El nombre, Angel Barrette, no significaba nada para Patricia.

—¿Qué es esto?

—Esa es la madre de Clara —dijo Andrea, con una sonrisa satisfecha.

Patricia parpadeó y miró de nuevo. Angel, o Ángela, era la bailarina perfecta. Tenía una fuerza elegante y delicada: encabezaba el espectáculo de una compañía tan prestigiosa que incluso Patricia, una chica de campo, la había oído nombrar. Patricia tragó saliva y descubrió que estaba arrugando el papel. Pasó a la página siguiente. Era un obituario lloroso para una amada esposa y madre, una famosa bailarina, una hija querida y, a juzgar por la veloz lectura de Patricia, una mujer a quien le iba perfectamente el nombre de ángel.

—La encontré en Internet —dijo Andrea—. Me costó bastante, la verdad. Usaba otro apellido y la mayoría de las historias son sobre su papá multimillonario y sus compañías más destacadas. Y, por cierto, ¿cuándo me ibas a decir que tu novio es multimillonario?

—No es mi novio —respondió Patricia automáticamente.

Tenía un nudo en el estómago. Nunca había pensado que Lee querría algo serio con ella, pero nunca se imaginó que la comparaba con alguien así.

Ángela era perfecta.

Según el obituario había sido una santa.

Hacía voluntariado para eventos de caridad y sus compañeros bailarines hablaban sobre su dedicación y talento y de cómo nunca usó las conexiones de su familia para obtener una ventaja injusta.

Un esposo, Leland y un bebé, eran mencionados de pasada.

Patricia recordó deslizarse descalza en el comedor vacío de Lee, enseñándoles a ambos a bailar y se sintió como un fraude.

Un fraude gigante, torpe y regordete.

¿Cómo Lee la había dejado hacer el ridículo de esa manera? ¿Cómo se quedó ahí, dejándola hablar sobre el baile, cuando sabía que lo que hacía era un baile rural de la gallina en comparación con lo que a él estaba acostumbrado?

—¿Patricia, cariño? —Andrea sonaba nerviosa y su voz parecía venir desde muy lejos.

Patricia dejó los papeles cuidadosamente en su escritorio y se puso de pie. Fue un alivio cuando el timbre de la puerta de entrada dio su alegre tintineo.

—Ya vienen los alumnos —dijo, tragándose la angustia—. Pongámonos a trabajar.

Patricia nunca había estado tan feliz de tener un día ajetreado. Los niños estaban inquietos y eso resultó en más desastres y accidentes de lo habitual. Era una buena excusa para trabajar duro, ignorando las miradas de preocupación de Andrea y a su propio corazón, y enfocarse en las tijeras y el pegamento.





## Capítulo Catorce

—No, no, estoy seguro. —dijo Lee, agradecido de estar hablando con la oficina por teléfono y no en persona. Sabía que sonreía como un tonto y no podía evitarlo, pero el tema de conversación y la persona al otro lado de la línea no daban para sonrisas.

—Este es un asunto importante, Lee —le dijo Dan, quien sonaba claramente desconcertado incluso a través de la temblorosa conexión celular.

—No tienes idea de cuánto —concordó Lee—, pero significa mucho para mí y sabes que te lo pagaré en el futuro.

—Confío en ti —dijo finalmente Dan, a regañadientes—, pero significa muchos cambios en nuestro cronograma de producción mientras encontramos otra propiedad adecuada. En la sede van a pedir una buena razón para esto.

—Diles que era un cementerio indio —dijo Lee con ligereza—, o que encontraste arenas movedizas.

Hubo un momento de silencio.

—¿Acabas de hacer una broma? — preguntó Dan, incrédulo.

Lee se preguntó si Dan podría oír la sonrisa en su rostro.

—No, yo no bromeo —dijo, tan seriamente como pudo—. Solo diles que la agente de bienes raíces llevaba zapatos poco prácticos y que no pudiste llegar a un acuerdo.

—Creo que ese pueblito se te ha metido en la piel —dijo Dan y se rió entre dientes—. Todas las mujeres usan zapatos poco prácticos.

Lee pensó en Patricia, deslizándose descalza en el comedor, tras dejar sus grandes botas de nieve junto a la puerta.

—No todas —dijo.

Cuando colgaron, sacó de su bolsillo la cajita con la que había estado jugando. Era de terciopelo negro y la abrió con el pulgar para revisar el contenido de nuevo. No era un enorme diamante brillante como el que le había dado a Ángela, pero no podía imaginarse algo así en las manos prácticas de Patricia. Esta era una banda simple, de varias tonalidades de oro trenzadas, con pequeños rubíes y diamantes incrustados en el exterior. Nada que pudiera engancharse a los mitones o materiales de arte.

Se lo propondría esta noche, o mañana por la mañana, con panqueques. Dejaría que Clara lo ayudara con la propuesta y esa tarde, durante su siesta, se sinceraría con Patricia acerca de ser un cambiaformas. Tal vez el anillo la

ayudaría a aceptarlo un poco más fácilmente, sobre todo si le explicaba la conexión con la idea de las almas gemelas.

Cerró la caja, la guardó en su bolsillo y levantó el teléfono.

Tenía más llamadas por hacer y había otra cuestión que finalmente estaba listo para zanjar.



PATRICIA NO PODÍA SACARSE de la cabeza la imagen de Ángela.

Consideró cancelar su velada con Lee pero no se le ocurría ninguna buena excusa. Además, aunque le dolía el corazón, el resto de ella deseaba estar con él. Deseaba a Lee como nunca había deseado a otro hombre.

Cada vez que hacían el amor se sentía más conectada y más unida a él de lo que nunca había estado con nadie. Era como si se llenara un vacío dentro de ella que nunca había sabido que estaba allí.

Tuvo un momento de inesperada claridad cuando quedó parada con su mano levantada para llamar a la puerta principal,. Estaba enamorada de él.

No era solo que lo deseaba, sino que lo amaba, hasta el fondo de su corazón. No sabía cómo lidiar con la abrumadora reacción emocional después de haberse dado cuenta.

Clara abrió la puerta antes de que pudiera recobrase lo suficiente para llamar o darse la vuelta y huir. Patricia se obligó a salir de su aturdimiento para sonreír a la adorable niña.

—¡Te vi subir! —Clara canturreó, dando un saltito hacia ella y agarrándola de la mano, sin preocuparse por sus pies descalzos en la nieve de la entrada— ¡Papá dijo que me leerías una historia antes de ir a la cama!

Patricia tuvo el tiempo justo para quitarse las botas de nieve antes de que Clara la arrastrara escaleras arriba.

—Está bien, está bien —Patricia tuvo que reírse, incapaz de resistirse.

Lee estaba de pie en la parte superior de las escaleras, guapísimo a pesar de su cara de preocupación. En sus manos sostenía unas pequeñas zapatillas rosadas.

—Se supone que no debes salir descalza —le dijo a Clara, pero tenía los ojos fijos en Patricia y le sonrió de una manera que le hizo cosquillas en los pies.

"No te enamores de este hombre", se recordó Patricia, demasiado tarde y luego fue arrastrada por el pasillo hacia la habitación de Clara.

Para su sorpresa, las fotografías enmarcadas ahora se alineaban en una pared. Clara la llevaba demasiado rápido para mirarlas de cerca; solo pudo vislumbrar una antigua y majestuosa colección de antepasados de rostro sombrío en pieles y joyas. A su vez, esos retratos daban paso a estampados e impresiones más modernos y finalmente placas de colores.

—Esta es mi madre, —dijo Clara con una seriedad inesperada, deteniéndose solo cuando llegaron al último retrato.

Había varias fotos que Patricia reconoció de los impresos de Andrea. Una era un retrato de una danza formal con un escenario iluminado dramáticamente, con una ligera figura en tutú clásico posando de puntillas. La siguiente fotografía era una mujer de cabello claro con un abrigo de pieles; estaba sentada al borde de una fuente con un bebé en brazos. Un Lee más joven sonreía por sobre su hombro. La luz dorada del sol brillaba en el agua y formaba un halo alrededor de la cabeza de la mujer. Realmente parecía un ángel.

—Es hermosa —dijo Patricia, honestamente, esperando que no se escuchara la angustia en su voz. Esta era una mujer con la que nadie se podía comparar, especialmente una vaca campesina como ella. Se armó de valor para seguir con su plan. Esta noche sería el último adiós. Tenía que salir de allí antes de perderse en un sueño perfecto e inalcanzable.

Clara pareció aceptar su declaración como un hecho y dijo alegremente:

—Vamos a leer “¡Dale una galleta a un ratón!”

Aquello, con el escrutinio cuidadoso de cada página y todos los abrazos y arreglos de manta necesarios, acaparó toda la atención de Patricia hasta que la puerta se cerró tras ellos y se dio cuenta de que volvía a estar a solas con Lee en el pasillo.

Esta vez, sin embargo, podía sentir la oblicua atención del retrato de Ángela, juzgándola desde una pose de cisne perfecta.

Si Lee hubiera intentado besarla allí, Patricia probablemente se hubiera rehusado. Sin embargo, Lee solo le tomó la mano con ternura y la condujo por el pasillo pasando los retratos y hasta su habitación.

—Patricia —comenzó a decir, pero ella no podía escuchar lo que tenía que decirle.

Se acercó y le puso los brazos alrededor del cuello para poder besarlo con todo el amor y la pasión que Lee había encendido en ella. Si se iba a despedir de él esta noche, lo haría con todas las de la ley y lo dejaría todo atrás cuando se fuera por la mañana.



## Capítulo Quince

Lee había cambiado de opinión otra vez. No podía esperar para pedirle a Patricia que se casara con él, lo haría esa misma noche para poder superar la insoportable espera de la inevitable revelación que se avecinaba. Y no podía pedirle que se casara con él hasta que supiera toda la verdad, así que tenía que...

Pero se olvidó de su plan cuando ella puso sus brazos insistentes alrededor de su cuello y lo besó como si el mundo se estuviera acabando.

La sensación de su cuerpo contra el suyo —suave pero poderoso, y con sus curvas en todos los lugares correctos —lo dejó incapaz de formar palabras, incluso si la boca de Patricia le hubiera dado la oportunidad.

Deslizó sus brazos alrededor de ella y le devolvió el beso.

Se desvistieron lentamente, sin querer romper el beso más de lo necesario para quitarse las camisas y maniobrar con cremalleras y cinturones complicados. Lee no creía estar imaginando como había cambiado el tono de su danza: estaba teñido de desesperación y había menos risas y entusiasmo. ¿Sabía Patricia, de alguna manera, lo que Lee había planeado? Le entró la duda: ¿podría afrontar el conocer su lado cambiante? ¿Y si no quería casarse con él...?

Entonces Patricia le tomó el rostro tiernamente entre sus manos, murmurando su nombre mientras descansaba su frente contra la suya. Su oso y su cuerpo, sabían qué hacer con su pareja, tan cerca y tan desnuda; todas sus dudas se habían desvanecido.

La levantó y se la llevó a la cama con otro beso. Su miembro duro presionaba contra los labios inferiores de Patricia sin intentar penetrarla, solo recordándole su presencia.

Su atención estaba en los labios y la boca de Patricia —hinchados ya de sus besos— y en su hermoso rostro, en cada peca adorada. Quería decirle cuánto la amaba, pero su boca estaba ocupada besando la línea de su mandíbula y el borde de su oreja. Le mordisqueó el lóbulo y Patricia se retorció debajo suyo, arqueándose contra él con un gemido ahogado.

Lee se contuvo y le besó el cuello, encontrando la piel pálida que raramente veía la luz del sol y los finos cabellos rubios que habían escapado de la trenza que llevaba hoy.

Los arcos de sus clavículas captaron la atención de Lee, y los cubrió de besos suaves como plumas y pequeños lametones antes de rendirse por fin el deseo de explorar sus senos que temblaban sobre su pecho.

Patricia soltó un aliento musical de deseo y placer, arqueándose para buscar su boca. Era tan mujer, tan llena de expectativa y deseo. Sus pechos eran grandes, hermosos puñados y bocados de alegría.

Lee mordisqueó, besó y lamió; Patricia jadeó, gimió y enredó las manos en su cabello.

Finalmente, cuando el deseo de ambos llegaba a una intensidad que Lee no creía posible, se permitió entrar en Patricia. Encontró consuelo y alivio en la cruda necesidad animal de estar enterrado en lo más profundo de ella.

Terminaron juntos, casi musicalmente, y se acurrucaron, entrelazados, mientras los latidos de sus corazones lentamente volvían a la normalidad.

Lee se sentía completo, como si toda su vida hubiera sido una canción esperando su armonía y ahora ella cantaba con él.

—Patricia —dijo, apartándole el pelo de la cara cuando finalmente había recuperado suficiente aliento— Tengo algo que decirte.

Le respondió el silencio. Al mirarla descubrió que, inesperadamente, Patricia estaba dormida y sus largas pestañas estaban extendidas sobre sus mejillas.

Lee se encontró sonriendo y se acurrucó más cerca aún. Ya no estaba preocupado por qué haría Patricia. Pasara lo que pasara, era su alma gemela: él podía ser paciente. Se durmió más fácilmente que nunca y soñó que vagaba por el bosque con un oso dorado a su lado.



## Capítulo Dieciséis

Patricia se despertó lentamente, agradablemente dolorida tras las actividades de la noche anterior y con ganas de seguir durmiendo tanto como fuera posible. Estaba calentita y segura, acurrucada contra una superficie grande y afelpada. Se acercó más, sin ganas de despertarse y enfrentarse al inevitable adiós. A través de la niebla, reconoció que la textura del objeto contra el que se apoyaba no era exactamente aterciopelada: aquello era pelo, largo y áspero. Además, el tamaño era mayor al de una almohada o una persona. Empezó a fruncir el ceño, confundida. El inesperado descubrimiento la estaba despabilando más aún. ¿Estaba abrazada a un abrigo de piel? Bajo su brazo extendido, la manta se alzaba al ritmo de una respiración tranquila. Alarmada, se dio cuenta de que era demasiado grande para ser Lee, incluso si, por alguna extraña razón, se hubiera levantado en medio de la noche para ponerse un gran abrigo de piel de búfalo.

Patricia retiró el brazo cautelosamente y rodó con cuidado, levantando la cabeza lo suficiente como para ver, Gracias a la luz del amanecer que entraba por la ventana, descubrió que había un oso tumbado en la cama. Su enorme cabeza yacía en la almohada y tenía las sábanas enredadas en las patas traseras.

A pesar de considerarse sensata, a Patricia se le escapó un grito de sorpresa antes de caer en cuenta de que despertarlo probablemente era mala idea.

La montaña que era el oso resopló y rugió. Patricia, desnuda, retrocedió y saltó fuera de la cama, buscando desesperadamente algo que le sirviera de arma. Privada de cualquier cosa útil, saltó hacia la barra de la cortina sobre la ventana grande y se las arregló para arrancarla de un tirón. Justo en ese momento, el oso despertó y se incorporó, pestañeando con los ojos soñolientos desde la cama. Patricia se preguntó si podría correr hacia la puerta sin que la interceptara.

¿Y dónde demonios estaba Lee?

No bien se le cruzó la idea por la cabeza, mientras intentaba arrancar las cortinas para usar el barral como arma, el oso soltó un sonido estrangulado de alarma y sorpresa.

Era el fin, se dio cuenta Patricia. Ahora el oso estaba realmente despierto y su única arma era una estúpida barra de cortina de bronce y algunos metros



de tela blanca. Iba a acabar como desayuno de oso y las cortinas quedarían completamente arruinadas por la sangre. Al menos no tendría que pasar por la dura prueba de despedirse de Lee.

Desde el pasillo, sin duda despertada por el alboroto que estaban haciendo, el agudo grito de Clara atravesó la escena. La cabeza del oso giró hacia la puerta y Patricia saltó sin pensar hacia el animal. Estaba desnuda y no creía que la vara de la cortina resistiera un buen manotazo de oso, pero no iba a dejarlo ir tras Clara. Su única esperanza era asustarlo, así que dio un grito de guerra sanguinario y saltó a la cama con la varilla en alto.

Fue atrapada por una mano: una mano humana. De alguna manera, a través de un borrón que Patricia no pudo comprender, Lee estaba arrodillado en la cama frente a ella y el oso no estaba por ningún lado.

—¡Patricia, Patricia, está bien! ¡Soy yo! Lo siento, quería decírtelo...

El pulso de Patricia martilleaba en sus oídos y la adrenalina la recorría como fuego.

—¿Decirme que? —se las arregló para responder— Oso. Había un oso...

—Era yo —dijo Lee, ridículamente—. Soy el oso. Lo siento, no quería sorprenderte así. Debí haberlo hecho mientras dormía. Es que estaba... cómodo.

Patricia se lo quedó mirando.

—Estabas... ¿cómodo? La mayoría de la gente, cuando está realmente cómoda, se tira pedos accidentalmente o algo así. No... no se convierten en osos.

Lee parpadeó y luego se echó a reír.

Patricia trató de mantener su semblante severo y fracasó frente a la risa de Lee. Cayó hacia adelante porque le fallaban las extremidades y, temblando y enterrando el rostro en la cama, se encontró aullando con una risa histérica.

—¿Papá? —Clara sonaba asustada y el tímido golpe desde afuera de la habitación los hizo sentarse y silenciar sus risas.

—¡Está bien, osita! —Lee dijo de inmediato. —No pasa nada. Yo solo...

—¡Pedo! —dijeron juntos, riéndose como locos.

Clara se quedó en silencio frente a la puerta por un momento.

—¡Me despertaron! ¡Ahora tenemos que hacer tortitas! ¡Me voy a vestir!

Su tono era acusador y luego escucharon sus pasitos alejándose por el pasillo. Lee rodó fuera de su lado de la cama y agarró la ropa que le esperaba allí.

—Ya oíste a la pequeña tirana —le dijo, luego se puso serio—. Quería contártelo de forma un poco menos...

—¿Alarmante? —Patricia sugirió—¿Con menor riesgo de darme un infarto?

Por extraño que pareciera, mientras se desvanecía la adrenalina, la idea de que Lee fuera un cambiaformas era de alguna manera agradable, tranquilizadora.

Era una pequeña confirmación de la existencia de toda la magia a la que se había aferrado a creer desde que era una niña y le sentaba bien a Lee. Su comportamiento serio y secreto, todas sus riquezas y el enorme palacio que era su casa; era lógico que fuera un príncipe cambiaformas de un cuento de hadas.

“Y tú no eres una princesa”, se recordó a sí misma, tristemente, poniéndose los vaqueros y la camiseta.

—Entonces, ¿es algún tipo de maldición o algo así? — preguntó Patricia, como si fuera completamente normal.

—No —dijo Lee lentamente, sacudiendo la cabeza—. Vengo de una linaje de cambiaformas. Hay muchos por ahí. Escogí este pueblo porque usualmente es... Bueno, nos aceptan.

—Eso... explica algunas cosas —dijo Patricia, pensando en los extraños personajes que conocía en el restaurante y la forma en que a veces sentía que se callaban cuando se acercaba. También entendió muchas de las historias que había escuchado cuando era niña y que había creído que eran fantasías.

—Tengo que decirte otra cosa —dijo Lee vacilante, llegando al final de la cama.

Llevaba los pantalones, pero no la camisa y Patricia fijó los ojos en su pecho esculpido en lugar de su querida cara, preparándose para el resto.



## Capítulo Diecisiete

Lee sospechaba que la revelación podría haber ido mejor. Aun así, Patricia parecía estar tomándose la sorpresa con calma.

Por lo menos no había saltado por la ventana y una vez que se le hubo pasado la risa histérica, parecía estar aceptando todo el asunto bastante bien.

—Tengo que decirte algo más.

Lee se obligó a seguir, sabiendo que si perdía el impulso de la confesión solo sería más difícil.

Patricia murmuró algo para indicar que lo estaba escuchando mientras se abotonaba, alisando el frente de la camisa sobre sus deliciosos pechos.

—Los cambiaformas... tenemos esta cuestión: un compañero, un alma gemela. Hay una persona con la que debemos estar, una pareja perfecta que...

—Lo sé —había una sonrisa serena en la cara de Patricia, tranquila y profunda, con un sabor extraño que Lee no podía identificar.

—Es que... mi alma gemela...

—Está bien —lo interrumpió rápidamente ella—. Entiendo. Yo... ya lo sabía.

El alivio inundó a Lee. Por supuesto que lo sabía. Tenía que saberlo. Era imposible que no hubiera percibido el increíble vínculo que compartían. Sonrió, sospechando que era una sonrisa ridículamente feliz, pero no pudo evitarlo.

—Estoy tan contento —dijo simplemente.

—Clara está esperando tortitas —le recordó Patricia y él se quedó maravillado por su sensatez.

Lee recogió su camisa. —¡Sí, tortitas! —Seguiría el plan original. Le daría el anillo con sus tortitas y Clara estaría presente en ese momento; las dos personas más importantes de su vida, juntas.

Ensayó en su cabeza mientras bajaban las escaleras hacia la cocina, imaginando las palabras y la risa de Clara mientras preparaba la mezcla de tortitas y calentaba la plancha. Se entretuvo con la fantasía hasta que llevó la primera pila de tortitas a la mesa y se encontró a Clara preparándola solo para dos.

—¿Dónde está la señorita Patricia? —preguntó Lee, repentinamente consciente de que Patricia no estaba allí, que no podía sentirla cerca.

Clara lo miró con sus grandes ojos azules, alarmada por su sorpresa.

—¡Se fue!

Lee dejó que el plato de tortitas cayera algunos centímetros sobre la mesa y aterrizará con estrépito. —¿Cuando? ¿Adónde?

—¡En su auto! —respondió Clara amablemente—. Dijo que tenía que irse.

Lee recorrió la distancia hasta la puerta de entrada en cuestión de segundos, pero el automóvil había desaparecido hacía mucho tiempo: las huellas en la nieve mostraban su escape apresurado. Se quedó allí con la puerta abierta, mientras el aire frío recorría sus pies descalzos. El ruido de un automóvil cerca del camino de entrada le dio un momento de esperanza, pero el sonido siguió alejándose.

La había entendido mal. Descubrir que era un cambiaformas la había hecho verlo de otra forma. Aunque fueran almas gemelas, Patricia no quería esa complicación en su vida. Esta era su despedida: un camino frío y vacío y tortitas sin comer. Lee se quedó ensimismado hasta que Clara lo arrastró hacia adentro por las rodillas, quejándose del frío que él ya no sentía.



AL SALIR DE LA CASA, Patricia aceleró el auto más de lo debido, confiando en que su Subaru se mantuviera en la carretera y atravesara la nieve húmeda que lo cubría todo.

"Debería haber esperado al camión quitanieves", pensó, saliendo por la carretera fangosa y cubierta de nieve casi sin detenerse en la entrada de la casa.

Había dejado de nevar y las nubes se habían apartado, pero con las lágrimas que le nublaban la visión, Patricia sabía que debería detenerse. Redujo la velocidad, pero no había donde parar el coche en medio de la carretera montañosa. Se secó la cara con el reverso de la manga de su abrigo, conteniendo un sollozo.

Si había dudado de que Lee todavía estaba enamorado de su esposa muerta, sus palabras lo habían confirmado.

Un alma gemela, una pareja perfecta.

Patricia no podría competir con eso.

Cuando la ventana comenzó a empañarse por el frío, subió la temperatura del dispositivo anti-hielo y se dio cuenta de que no eran solamente sus lágrimas las que oscurecían la vista. Avistó los faros de un coche que se le

estaba pegando a la cola, demasiado cerca para las condiciones en las que estaban.

Patricia le frunció el ceño al otro coche en el espejo, olvidándose de sus preocupaciones. Estaba oscuro en la escasa luz de la mañana. El otro auto no conducía bien por la carretera sinuosa y cada vez se acercaba más a su maletero sin tener en cuenta lo resbaladizo de la carretera. Patricia frenó con suavidad, solo lo suficiente para que se encendieran las luces de freno. Era una advertencia, nada más, y cuando se sintió tan alarmada como aliviada cuando vio que el auto se detenía en el carril que iba en la dirección opuesta. Era una maniobra estúpida en un lugar sin arcén y sin visibilidad clara del tráfico que podía venir de frente. Sin embargo, así al menos Patricia no lo tendría pegado a su coche hasta llegar a la ciudad.

"Idiota", masculló, disminuyendo la velocidad para darle la oportunidad de adelantarla en la curva.

Miraba hacia adelante, concentrada en el tráfico que se aproximaba y en mantener al Subaru en su carril mientras pasaba el coche oscuro, bañándole el parabrisas de nieve.

Momentáneamente cegada, Patricia se adentró demasiado en la suave nieve del borde y perdió el poco control que tenía. Las llantas giraron en la nieve suave y su auto se tambaleó en la cresta del arcén antes de finalmente caer en picado en la zanja. Por un momento, Patricia pensó que podía simplemente conducir barranca abajo, rezando para no tragarse ningún árbol gigantesco cuando llegara al fondo, pero era demasiado empinado y resbaladizo. Su mundo entró en un torbellino aterrador cuando el automóvil empezó a caer al vacío. El airbag se desplegó, empujándola violentamente contra el respaldo de su asiento.



## Capítulo Dieciocho

Lee trató de no deprimirse, mientras comía demasiadas tortitas con Clara. En tanto la caja del anillo le quemaba en el bolsillo. Por lo menos su hija parecía ajena a que todo había sido un absoluto desastre y parloteaba alegremente sobre amigos imaginarios y sus planes para el fin de semana, los cuales parecían involucrar un baile con un príncipe, una partida de béisbol y una gran fiesta para sus animales de peluche. Todos estos eventos tendrían lugar en la piscina.

Lee llevaba los platos sucios al fregadero, sin que siquiera las peticiones de Clara de hacer las burbujas le levantaran el ánimo, cuando sonó el timbre.

Casi deja caer los platos y Clara fue corriendo hacia la puerta principal.

—¡No tan rápido, osita! —le advirtió, mientras dejaba los platos sobre la mesada antes de seguirla. El alivio lo inundó. Patricia había regresado. Como era natural, había necesitado un poco de espacio para procesar la idea de los cambiaformas y acostumbrarse a lo de las almas gemelas.

Clara llegó a la puerta justo antes que él y la abrió de par en par. Ambos quedaron paralizados frente a Andrea, la ayudante de preescolar de Patricia. Estaba completamente desnuda en su porche y que se abrazaba a sí misma intentado cubrirse, sin mucho éxito.

—¡Patricia necesita tu ayuda! —exigió Andrea, sin explicar su desnudez o cómo había llegado allí. No había ningún automóvil en el camino de entrada.

Lee solo la miró por un momento antes de hacerse a un lado para dejarla pasar.

—Yo... Eh...

No había un saludo estándar para las mujeres desnudas en la nieve.

—No eres el único cambiaformas en la ciudad —le dijo Andrea secamente—. Aunque puede que seas el más desatento.

—... Eh ¿lo siento? —Lee tomó del armario la prenda más cercana que pudiera irle bien, dudando un momento entre abrigo de Clara y su propia camisa de franela a cuadros. El abrigo seguramente estaba más cerca de su diminuta talla pero se decidió por la camisa, sospechando que preferiría más cobertura.

Andrea lo tomó con calma.

—Sé que siempre estuve cerca de una poderosa distracción —se encogió de hombros, aceptando la camisa—, pero Patricia está en problemas.



El shock dio paso a una calma determinación. Fuera lo que necesitara su pareja, Lee podía sentir cómo su oso se preparaba para proporcionárselo; era como un subidón de adrenalina pero más centrado.

—¿Qué pasó?

—Se salió de la carretera —dijo Andrea, con un destello de ira en sus ojos dorados—. Estaba volando por allí y lo vi todo. Un automóvil pasó frente a ella en una esquina sin visibilidad y su auto se desvió hacia una zanja a unos dos kilómetros de la carretera.

—¿Y la dejaste allí?

Lee no pensó en lo acusador que sonaba hasta que Andrea refutó con enojo:

—No podía abrir la puerta y no le iba a ser de mucha ayuda ahí, desnuda en la nieve. Soy un halcón, no un oso.

Moviéndose automáticamente, Lee ya se estaba poniendo las botas y una chaqueta.

—Es la curva tras la barandilla, justo antes de la ciudad —dijo Andrea, con expresión seria.

—Clara, quédate aquí con la señorita Andrea —ordenó Lee con un gruñido, buscando las llaves de su camioneta.

Clara había sido testigo de su extraño intercambio con ojos como platos, segura de que algo estaba en marcha pero sin saber cómo reaccionar. Miró confiada a Andrea, en absoluto incómoda por el hecho de que hubiera llegado desnuda y asintió. Se apuró a darle un abrazo a su padre, envolviendo brevemente sus brazos alrededor de la pierna de Lee. Cuando Lee se arrodilló para abrazarla, ella dijo solemnemente:

—Haz que la señorita Patricia esté bien.

En la mente de Lee, era así de fácil. Iba a buscar a Patricia y hacer que estuviera bien. Incluso si ella no quería tener nada que ver con él ahora que sabía su secreto, tenía que salvarla.

—No lo dudes, osita.

Luego salió por la puerta, corriendo hacia la camioneta.

Detrás de él, Clara miró a Andrea con curiosidad.

—¿Puedo hacer burbujas para los platos? —preguntó la niña.



## Capítulo Diecinueve

Patricia se despertó lentamente, tomando conciencia de que tenía las manos frías. Se movió para meterlas bajo las mantas, y vio que no estaba en su propia cama. Estaba suspendida por las correas del cinturón de seguridad, boca abajo en la cabina aplastada de su automóvil. Un pitido ahogado salía del tablero del auto. La ira le dio un falso calor, recordando al coche oscuro que la había pasado tontamente. Forcejeó para sacarse el cinturón de seguridad sin siquiera pensar que podía estar herida y que no debía moverse antes de asegurarse. El dolor que irradiaba de su tobillo izquierdo y de sus hombros la hizo sospechar que encontraría moretones, pero a primera vista no parecía tener nada más grave que una torcedura de tobillo.

Probó mover el pie y tuvo que contener un grito.

Tal vez se había roto un tobillo.

Se enderezó en la cabina volteada y comenzó a forcejear con la puerta del automóvil.

El pestillo todavía se movía, pero el metal estaba aplastado de una forma que no le permitía abrirse, ni siquiera si Patricia empujaba con toda su fuerza y se apoyaba con todo su peso. Milagrosamente, la ventanilla seguía en su lugar, aunque tanto ese vidrio como el del parabrisas estaban hechos añicos. Tendría que salir a través de una de las ventanas, decidió, sin aliento, pero se acordó de su tobillo, que le latía. Encontró uno de sus guantes, que estaba en el asiento del copiloto, y lo pasó entre sus manos frías, tratando de decidir por cuál sería más fácil salir. Empezaba a sentirse atrapada en el automóvil.

Patricia se acurrucó en el techo del auto y cerró los ojos, sintiendo que se le llenaban de lágrimas. Respiró hondo, tratando de deshacerse del miedo y de pensar en algo tranquilizador. El rostro de Lee le vino a la mente de inmediato, así como la sensación de estar en sus brazos. Apartó el pensamiento ferozmente y se recordó a sí misma que la relación no iba a ninguna parte. Lee ya había tenido a su pareja perfecta. Abrió los ojos, preparada para patear el parabrisas delantero con su pie bueno.

De repente, la cara de Lee no estaba solo en su imaginación, sino en su puerta: su bello rostro tenía una expresión preocupada.

—Apártate —gritó Lee a través del cristal. Obedientemente, Patricia retrocedió lo más que pudo hacia el techo invertido del el asiento del pasajero.

A través del cristal helado y agrietado, Patricia vio cómo su figura se difuminaba, se estiraba y se doblaba para adoptar la forma de un gran oso pardo. Su ropa se rasgó y quedó reducida a jirones. Una enorme pata atravesó la ventana, rompiendo fácilmente el debilitado cristal con un estrépito ensordecedor. Aún no terminaba: el oso gruñó y buscó a tientas en la puerta hasta que sacó a Patricia completamente del vehículo destrozado y la lanzó a la nieve fangosa. El aire frío se entró en el automóvil y Patricia se arrastró con cuidado sobre los vidrios rotos hacia el oso, agradecida por sus robustos jeans y su abrigo.

Cuando Lee se dirigió hacia la puerta, ya era humano nuevamente y sus fuertes brazos la ayudaron a salir.

—¿Estás herida? —preguntó, ansioso, acercándola más de lo estrictamente necesario.

—Me torcí el tobillo —admitió Patricia y le divirtió cuando Lee se estremeció: todo lo que quedaba de su ropa era una pila de tela rasgada a sus pies. Hasta sus botas habían sido destrozadas por la ferocidad de su transformación.

—Puedo cargarte hasta la carretera —dijo Lee con firmeza.

—Estás desnudo —Patricia soltó una risita histérica, mirando la empinada ladera nevada que llevaba a la carretera.

Le sorprendió lo lejos que había llegado en el auto. —Ni siquiera llevas botas.

No así —dijo Lee, y Patricia lo sintió transformarse en sus brazos, fluyendo hasta tomar su forma de oso.

Ver la transformación de cerca, en brazos de Lee, era completamente diferente a observarla a través de una ventana oscurecida o a simplemente despertar con él. Toda su masa cambió cuando una espesa capa de pelaje salió de la nada y creció bajo sus propios dedos. Tuvo que soltarlo cuando se elevó sobre ella y se le escapó un gemido de dolor al poner peso en el tobillo malo. Si le había parecido enorme esa mañana cuando se encontraron en la cama, era mucho más grande parado frente a ella sobre las patas traseras. Patricia notó con asombro que debía medir unos tres metros. Luego Lee se dejó caer a cuatro patas junto a ella y gruñó una invitación, recostándose en frente de Patricia.

Cuando Patricia vaciló, insegura, Lee levantó la cabeza y gimió como un perro, moviendo sus enormes hombros hacia ella sugestivamente.

Patricia tuvo que trepar una buena distancia sobre la espalda de Lee, pero el pelaje largo y áspero le daba mucho de dónde agarrarse. Puso el pie bueno sobre la cresta de la espalda del oso y se sentó a horcajadas. Lee lanzó un gruñido de advertencia y se incorporó. Patricia se aferró con fuerza y cuando Lee comenzó a trepar por la ladera, tuvo que inclinarse hacia adelante más y más, hasta que básicamente estaba recostada sobre sus hombros, con los brazos extendidos alrededor del grueso cuello del oso. Continuó recostada de esa manera una vez se estabilizaron en la carretera, con la mejilla presionada contra su pelaje. Era sorprendentemente reconfortante montar así. Lee olía a bosque y cosas salvajes y extrañamente a sí mismo. Patricia se sentía perfectamente en casa con el áspero pelaje entre sus dedos, con el tranquilizador ritmo de los músculos moviéndose a grandes zancadas. Incluso sus gruñidos al caminar le resultaban familiares.

Por un momento, Patricia se sintió como una princesa de cuento de hadas, rescatada por su propio príncipe oso.

Llegaron a la camioneta y Lee se acostó de nuevo para que Patricia pudiera bajarse con cuidado, saltando sobre su único pie bueno. Mientras Patricia abría la puerta de la camioneta, Lee apareció tras ella como humano otra vez y la levantó para llevarla hacia el asiento reclinable.

—Debería llevarte al hospital —dijo Lee, deslizándose junto a ella después de un momento.

—Estás desnudo —le recordó Patricia.

—Probablemente hayan tenido pacientes más extraños —dijo Lee, pero parecía estar avergonzado y tener frío. Encendió la calefacción del auto.

—Llévame a tu casa —dijo Patricia— Es fin de semana y solo me dirán que ponga el pie en alto y me haga radiografías el lunes cuando esté abierta la clínica ambulatoria. No es una emergencia y prefiero llamar a la compañía de seguros tranquila desde tu casa y no desde una sala de emergencias llena de gente.



LEE GRUÑÓ, PERO DECIDIÓ que Patricia tenía razón. No le gustaba la idea de llegar al hospital desnudo y Patricia no parecía estar herida de gravedad. Tomó el camino hacia su casa en lugar de continuar hacia la ciudad.

—Lamento haberte asustado —dijo, rompiendo un largo momento de silencio. Había estado retorciéndose en el asiento frío, tratando de encontrar

una manera de usar su cinturón de seguridad sin que presionara contra su piel fría.

Patricia se movió en el asiento, jugueteando con sus botas.

—No me asustaste —dijo con sorpresa—. Me alegré de verte y que seas un oso cambiante resultó ser muy útil.

Lee solo pudo chisporrotear ante eso.

—¿Útil?

—Dudo que hubieras podido arrancar esa puerta sin un poco de ayuda —dijo Patricia—. Y aunque estoy segura de que no habría muerto allí, tenía frío y me sentía... sola.

—No le tienes miedo al oso —dijo Lee, desconcertado por esta revelación.

—Claramente sigues siendo tú —dijo Patricia con tono práctico—. Estabas mucho más interesado en ayudarme a salir del auto que, no sé, en comerme.

—Pero... ¿y esta mañana? —Lee no entendía nada: claramente se estaba perdiendo algo clave.

—Fue una forma bastante impactante de despertar, sin duda —dijo Patricia—. ¿Es por eso que te disculpas? No te culpo por no habérmelo dicho antes. Es una confesión bastante fuerte: “Hola, a veces soy un oso”.

—Pero no te importa que yo sea un cambiaformas.

Lee no entendía y Patricia le lanzó una sonrisa tímida.

—Me da un poco de envidia —confesó—. Suena bastante maravilloso.

Lee se quedó pensando por unos momentos.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

Patricia permaneció callada, irradiando una tristeza tan profunda que Lee tuvo que obligarse a mantener los ojos en la carretera en vez de tomarla en sus brazos para consolarla.

Llevó la camioneta por una curva resbaladiza y sola entonces Patricia le respondió.

—Fue lo que dijiste sobre las almas gemelas. Yo... sé que todavía amas a tu esposa, que ella era todo para ti. Sé que nunca sentirás eso por mí, que no puedo ser eso —Al decir esto su voz se quebró, y también lo hizo el corazón de Lee. —No quiero ser esa mujer que no puede separar el sexo del amor, pero no podría seguir amándote sabiendo que lo nuestro era solo una pálida sombra de lo que habías tenido antes.

Lee frenó de golpe, estacionando la camioneta en el banco de nieve a un lado de la carretera y maldiciendo de una manera que hizo que Patricia se agarrara a los asideros y lo mirara con ojos abiertos como platos.

—¿Pensaste que estaba diciendo que Ángela era mi alma gemela?

Patricia parpadeó.

—Por supuesto.

Lee apoyó el rostro en el volante, maldiciendo de nuevo.

—Soy el idiota más grande de todo el Medio Oeste —dijo, y con esfuerzo logró no arrancar el volante y arrojarlo por la ventanilla. Se concentró en respirar hondo una y otra vez hasta que pudo despegar sus dedos del volante.

—Yo amaba a Ángela —dijo y luego pensó que podría ser un mal comienzo, pero era un detalle importante. Buscó los ojos de Patricia; estaban llenos de lágrimas. —Pero lo que sentí por ella no es menos de lo que hay para ti en mi corazón. Nunca creí en almas gemelas antes de conocerte. Pensé que era una ficción cómoda, solo un cuento de hadas.

—¿Como los cambiaformas? — murmuró Patricia. Se limpió las lágrimas de una mejilla y Lee le puso una mano en su rostro y tiernamente le acarició la otra con su pulgar.

—Cuando te vi, supe que era cierto. Que estabas hecha para mí. Cada parte de mí ama a cada parte de ti.

Patricia empezó a sollozar, pero su rostro se iluminó detrás de las lágrimas.

—Nunca creí en el amor a primera vista —dijo en voz baja—. Y pensé que no podrías sentir eso por mí...

Lee se desabrochó el cinturón de seguridad y se liberó del gélido artilugio para deslizarse por el asiento y tomarla en sus brazos.

Patricia también se desabrochó para encontrarse con él a mitad de camino y levantó la cara para besarlo con el mismo deseo que corría por las venas de Lee. Incluso con frío, ardía por esta mujer, su pareja perfecta.

Liberándose de sus miedos y entregándose a su desesperado deseo, sus lenguas se enredaron en una danza profunda y persistente.

De no haber sido por el gemido de dolor de Patricia al mover mal el pie, Lee no sabía cuánto tiempo se habrían quedado en la cabina.

Se echó hacia atrás y comenzó a maldecir de nuevo cuando recordó algo.

—¿Qué ocurre? —Patricia preguntó alarmada.

—Tu anillo —le dijo Lee—. Estaba en mi bolsillo y debe estar con mi ropa arruinada junto a tu auto.

—¿Mi anillo?

—¿Te casarías conmigo? —No era así como había pensado pedírselo, pero... — Eres mía y quiero que todos lo sepan.

La brillante sonrisa que le dedicó Patricia y el beso que le siguió fueron respuesta suficiente.





## Capítulo Veinte

Patricia le dio a Lee su chaqueta para entrar a la casa; él se la envolvió de forma poco elegante alrededor de la cintura en un intento de modestia. Pero tanto Andrea como Clara parecían más preocupadas por cómo cojeaba Patricia que por la desnudez de Lee.

Andrea, para sorpresa de Patricia, estaba envuelta en la ropa de gran tamaño de Lee. Ella miró entre ellos, más perpleja que sospechosa. No había otro vehículo frente a la casa.

—¿Tú también eres una cambiaformas? —adivinó.

Andrea sonrió.

—Siempre dijiste que tenía ojos de halcón.

Patricia resopló, exasperada.

—Eso explica tantas cosas.

—Clara y yo estamos haciendo galletas —dijo Andrea señalando con la cabeza hacia las escaleras—. Creo que Patricia necesita una revisión médica detallada. Asegúrate de que no se te pase ningún rasguño.

Clara pensó que era una buena idea. Le trajo a Lee el botiquín de primeros auxilios del baño de la planta baja y él se lo colgó al hombro.

—También deberían darse una ducha caliente —sugirió Andrea sin rodeos—. Digo, para entrar en calor. Estaremos aquí haciendo galletas durante un buen rato. ¡No tengan prisa!

Patricia solo pudo balbucear impotente ante la sugerencia, pero Lee parecía pensar que era una idea perfecta.

—Quiero chequear tu cabeza, tal vez tengas algún chichón —dijo apretando la chaqueta alrededor de su cintura. Luego la tomó sus brazos, ignorando sus protestas y se la llevó escaleras arriba.

—¡Que se diviertan! —les dijo Andrea.

Patricia pensó que estaría demasiado avergonzada para hacer nada, consciente de que Andrea estaba abajo y sabía exactamente lo que estaba sucediendo. Sin embargo, cuando Lee la puso suavemente sobre la amplia repisa de su bañera, todo el resto perdió importancia.

Lee se despojó de la chaqueta para revisarla, completamente desnudo. Se tomó la tarea muy en serio, desvestiéndola lentamente y mirando cada centímetro de piel que iba exponiendo. Los cortes de vidrio, todos menores, fueron limpiados suavemente y untados con crema antibiótica. Todos los

vendajes de Lee eran de princesas y fueron aplicados cuidadosamente sobre un puñado de abrasiones. Le exploró el cráneo palpando con los dedos, que se entretuvieron en su cabello más de lo estrictamente necesario. Juntos encontraron algunos puntos sensibles, pero sin bultos.

—Vas a tener un ojo morado —le informó, apartándole el pelo de la cara.

—Yo no tengo que mirarme —dijo Patricia, consciente de que su sonrisa debía parecer tonta.

—Para mí seguirás hermosa —dijo Lee con un beso.

El beso solo demoró sus primeros auxilios por un momento. Luego llegó el momento que Patricia temía: Lee le sacó la primera bota cuidadosamente y la segunda incluso más atentamente. Dolía, pero no tanto como Patricia había temido. El tobillo estaba adolorido e hinchado, pero cuando Lee insistió, comprobó que podía moverlo en toda su extensión. Lee lo inmovilizó con un vendaje elástico de color rosa brillante y ayudó a Patricia a quitarse suavemente los vaqueros para completar su inspección. Tendría hematomas donde el cinturón de seguridad la había mantenido en el asiento.

—Probablemente no debería inscribirme en competiciones de trajes de baño por unas semanas —bromeó, tocándose uno de los moretones que ya estaba comenzando a ponerse violeta.

—Tuviste suerte —dijo Lee con tono sombrío.

Había una ferocidad en su ceño fruncido que Patricia ahora sabía que venía de su oso.

—Ya pasó —lo tranquilizó, acariciándole los hombros—. Estaré bien, olvídalo.

Lee respondió y su desnudez dejó ver su súbita excitación.

—¿Olvidar qué? —preguntó, levantándola en sus brazos otra vez y llevándosela a la cama.

Ambos seguían con frío y Lee los cubrió con el edredón y se entregó. Envueltos en su calor y oscuridad, exploraron sus cuerpos a tientas. Lee era sorprendentemente delicado para un hombre de su tamaño, poniendo cuidado de no moverle el tobillo herido.

Les tomó solo unos minutos de delicioso descubrimiento calentarse y quitarse la manta. Lee la besó suavemente desde la mandíbula hasta el ombligo, luego se sentó a horcajadas sobre ella: su pene erecto era una promesa tácita de placer. Cuando vaciló, Patricia lo tiró hacia sí misma, cuidándose de mantener su pie herido fuera del camino. Su entrada la

conquistó por completo y el corazón de Patricia cantó cuando recordó que Lee sentía lo mismo que ella.

*Almas gemelas.*

Eran socios perfectos y encajaban como piezas de un rompecabezas, entrelazándose como sólo dos seres destinados a estar juntos podían hacerlo.

Su piel ardía bajo las caricias de las manos grandes de Lee, quien la llevó a alturas de placer que nunca había conocido o imaginado. Luego, cayó con ella en el cálido resplandor de los cuerpos bien satisfechos.

Más tarde, en una bruma de cansancio saciado, Patricia dejó que Lee la metiera debajo del edredón con el pie herido sobre una almohada. Se quedó dormida con el aroma de las galletas y el sonido de una ducha corriendo.

Cuando Patricia despertó poco tiempo después, se dio cuenta de que estaba sola. Había un vaso de agua en la mesita de noche y algunas pastillas para el dolor que tomó con gratitud. Un paquete la esperaba al otro lado de la cama, envuelto en papel y atado con lo que parecía ser la banda de uno de los vestidos de Clara. También había un bastón apoyado contra el costado de la cama.

Con curiosidad, Patricia desenvolvió el paquete arrugado y desplegó un trozo de material confuso, impreso con gatitos y mitones rosas. Una pequeña caja negra cayó de entre los pliegues y Patricia la levantó con manos temblorosas. Se abrió con un chasquido y reveló un anillo brillante, con rubíes y diamantes al ras de una intrincada trenza de oro multicolor. Lo sacó del estuche de terciopelo y lo deslizó con cuidado en su dedo anular, maravillándose por el ajuste y el brillo, sonriendo como loca. Por alguna razón tonta tenía ganas de llorar. Para distraerse, se volvió para inspeccionar la tela en la que había estado envuelta la caja. Le llevó un momento darse cuenta de qué se trataba y cuando lo hizo, se echó a reír.

Cuando Patricia bajó a la cocina llevando ambos regalos puestos y cojeando con el bastón, Andrea también se rió.

—¿Tienes puestos unos pijamas de gatitos con patas?

Lee insistió en que Patricia se sentara de inmediato, y que elevara el pie. Clara le trajo un paquete de hielo del congelador y se lo puso con cuidado en el tobillo, mientras Andrea traía un plato lleno de galletas.

—¿Dónde demonios encontraste esto? —Patricia le preguntó a Lee.

Era como estar envuelta en plumas suaves: la tela era acogedora y aterciopelada, profundamente cómoda y cálida. ¿Era así como se sentía ser un oso?

—Fue un pedido especial —dijo Lee, sonriéndole sobre su propio plato de galletas—. Mi sastre pensó que estaba loco, pero lo hizo de todos modos.

—Me encanta —dijo Patricia, profundamente satisfecha.

Miró a su alrededor: la cara ansiosa de Clara, la risa de su mejor amiga en el aire y su pareja mirándola con amor y adoración. No podía imaginar un final más feliz en un cuento de hadas.



## Epílogo

—No estoy acostumbrada a que me cuiden —confesó Patricia, dejando que Lee le pusiera almohadas debajo del tobillo—. Ni siquiera está roto.

Lee frunció el ceño, una expresión familiar y querida.

—Es un esguince —le dijo ferozmente—. ¡Y no estás descansando en el preescolar!

—Hago que Andrea haga la mayor parte del trabajo —prometió Patricia, conmovida por su preocupación.

—¿Cómo fue? — preguntó Lee — ¿Realmente tienes cuidado?

Patricia puso una mano sobre la suya y se vio hipnotizada por el brillo de las gemas en su dedo. Aún no se acostumbraba a su anillo.

—De verdad que me lo tomo con calma —se rió—. Y todo marcha sin problemas. El nuevo auto es genial. Harriette sigue desaparecida y ahora Trevor vive con su papá. ¡Te juro que ella era la mitad de mi estrés!

En respuesta, el rostro de Lee se suavizó. Clara entró corriendo en la sala de estar, llevando una bandeja con una variedad de galletas Lincoln Logs.

—¡Les hice galletas! — anunció la pequeña niña y solemnemente les entregó una a cada uno. Luego se las sacó de las manos, y declaró —. Ahora tienen que cocinarse más.

Se había ido tan rápido como había entrado y Patricia intercambió una mirada divertida con Lee, la cual se desvaneció alarmada cuando se le ocurrió algo.

—¿Debería preocuparme de Clara se convierta en un osezno en medio del preescolar? —preguntó.

No podía imaginarse cómo podría explicar eso durante la hora de leer cuentos. Lee negó con la cabeza.

—Algunos cambiaformas nacen cambiantes, pero mi familia siempre lo ha desarrollado en la pubertad. Esto varía.

Patricia alzó una ceja.

—Como si la pubertad no fuera lo suficientemente complicada —dijo con ironía.

—¿Lo estás reconsiderando? —Lee le dio un toque a su anillo.

Patricia le lanzó una mirada penetrante, tratando de decidir si estaba realmente preocupado, o si solo la estaba molestando. Sonrió.

—No vas asustarme así de fácil.

—Tendré que trabajar más duro —dijo Lee con un suspiro y Patricia supo que le había estado tomando el pelo.

—No puedo imaginarte más duro de lo que estabas anoche —susurró sugestivamente.

Lee le devolvió la sonrisa.

—Estoy convencido de que puedo enfrentar un desafío de tal envergadura.



\*\*\*





# Una nota de Zoe Chant

¡Gracias por comprar mi libro!

Espero que lo hayas disfrutado.

Si deseas recibir un email cuando publique el próximo, [suscríbete aquí para que te agregue a mi lista de correo.](#)

También te agradecería mucho si dejaras una reseña, aunque sea cortita ☺

Aprecio todas las críticas, sean positivas o negativas.

